

# La Ilustración Artística

Año XVII

BARCELONA 19 DE DICIEMBRE DE 1898

Núm. 886

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RESIGNACIÓN, cuadro de R. Ferruzzi

## ADVERTENCIA

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS  
DE OTON, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Se ha puesto á la venta la edición española de esta obra, acerca de cuya importancia sólo hemos de decir que toda ella ha sido escrita y varias veces revisada por el propio príncipe de Bismarck. Nuestra casa editorial ha adquirido el derecho exclusivo de la traducción española de este libro excepcionalmente interesante y esperado con verdadera impaciencia, que se publica simultáneamente con la edición original alemana.

Llamamos la atención de nuestros suscriptores y del público en general sobre los dos puntos siguientes: 1.º, que estos «Pensamientos y recuerdos» son las verdaderas memorias de Bismarck, con las cuales no debe confundirse otro libro de título análogo, cuya edición francesa se ha puesto á la venta y que nada tiene que ver con el que anunciamos, escrito y revisado, según queda dicho, por el mismo príncipe; 2.º, que la edición publicada por nosotros es la más económica de cuantas se publiquen, puesto que la alemana costará 20 marcos, la francesa 20 francos y la italiana 20 liras, y la española sólo 15 pesetas los dos tomos esmeradamente encuadrados.

Debemos advertir á nuestros abonados que estamos terminando la impresión de *La perfecta casada*, por fray Luis de León, obra que completa la serie de las anunciadas como regalo para este año, que repartiremos muy en breve, y cuya lujosa edición creemos dejará complacidos á nuestros favorecedores.

Desde el segundo número correspondiente al año próximo reanudaremos la publicación de las novelas que incluimos en este periódico, comenzando la publicación de la titulada *Inseparables*, interesante estudio de costumbres contemporáneas debido á la pluma de la conocida escritora francesa Jeanne Mairat.

## SUMARIO

**Texto.**—*El Belén (cuento de Navidad)*, por Emilia Pardo Bazán. — *El padre Blanco García*, por Luis Ruiz Contreras. — *Cuento de invierno*, por Eusebio Blasco. — *El Pílpito del Diablo (cuento de Nochebuena)*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados.* — *El tesoro de Boscoreale.* — *Problema de ajedrez.* — *Las tres cogidas*, por F. Moreno Godino. — *Los insectos de la «malaria».* — *Historias madrileñas.* — *Por huir de la tiple*, por Kasabal. — *Varietades.* — *El betel.* — *Locomotora y tren liliputienses.*

**Grabados.**—*Resignación!*, cuadro de R. Ferruzzi. — *Francisco Blanco García.* — *El juicio de París*, cuadro de M. Seymour-Lucas. — *Nochebuena*, cuadro de Havenith. — *El Pílpito del Diablo*, dibujos de Gili Roig. — *La Virgen Madre saludada por los ángeles*, dibujos de Azpiazu. — *Aprobación de la orden de San Francisco por Inocencio III*, cuadro de Fernando Cabrera. — *Locomotora y tren liliputienses* (de fotografía). — *Las islas de la Salud y la isla del Diablo*, dibujo de P. Dujardin.

## EL BELÉN

(CUENTO DE NAVIDAD)

De vuelta á su casa, ya anochecido, D. Julio Revenga — sentado en el tranvía del barrio de Salamanca, metidas las manos en los bolsillos del abrigado gabán con cuello y maniquetas de pieles — rumiaba pensamientos ingratos. Su situación era comprometida y grave, doblemente grave para un hombre leal y franco por naturaleza, y obligado por las circunstancias á engañar y á mentir. ¡Qué cara pagaba una hora de extravío! La tranquilidad de su conciencia, la paz de su casa, la seriedad de su conducta, todo al agua por algunos instantes en que no supo desenredarse de una tentación ni huir de un peligro...

Mientras el cobrador iba cantando las estaciones del trayecto y el coche despoblándose, Revenga daba vueltas á la historia de su yerro. ¿Cómo había sucedido? ¿Cómo había podido suceder? Como suceden esas cosas: de improviso; tontamente. Si no es la quiebra de su amigo y paisano Costavilla, no tendría ocasión de ponerse en frecuente contacto con la hermana, aquella Anita Dolores — mujer ya espigada en los treinta años, y más desenvuelta que candorosa. — Ante la desgracia de la quiebra, Costavilla perdió la energía y la esperanza; pero Anita Dolores, en cambio, se reveló llena de aptitudes comerciales, dispuesta, activa, resuelta á salvar la casa de cualquier modo. Para sus gestiones se asesoraba con Revenga, le pedía auxilio y préstamo, celebrando conferencias que duraban horas. Al manejar los papeles, al calcular probabilidades de liquidación,

establecíase entre los dos una intimidación chancera, que se convertía de repente, por parte de Anita, en afición inequívoca. Al darse cuenta Revenga de lo que iba á sobrevenir, ya estaba interesado su amor propio, encendida su imaginación. Sin embargo, la fiebre duró poco: el esposo leal, el hombre honrado é íntegro se dió cuenta de que era preciso cortar de raíz lo que no tenía finalidad ni excusa. Sacrificó de buen grado algunos miles de duros para sacar á flote á Costavilla, y se apartó de Anita Dolores con propósito de no verla más.

No contaba con las fatalidades de la naturaleza. Ocultamente, en apartado rincón de provincia, Anita Dolores dió al mundo una criatura. Fué el castigo providencial, no sólo para ella, sino para Revenga, que no había tenido prole de su matrimonio, ni creía tenerla nunca. — Y al rodar del tranvía que apresuraba su marcha, al vacilar de la luz de la linterna que se proyectaba sobre los vidrios nublados por el hielo del aire exterior, Revenga quería dominar una tristeza inconsolable, una amargura que le inundaba como ola de hiel. — Nunca vería á su niña; nunca la estrecharía, nunca la tendría sobre las rodillas ni la besaría riendo... Anita Dolores, vengativa y tenaz, la había escondido, la había hecho desaparecer. ¿Desaparecer? ¡A cuantas conjeturas da lugar este verbo!

¿Qué era de la niña?.. A aquella hora, cuando Revenga penetrase en su morada lujosa, en su comedor que la electricidad alumbraba espléndidamente y la leña de encina calentaba, intensa y crujidora; cuando la intimidad del hogar le sonriese, y las golosinas de Nochebuena lisonjasen su apetito, ¿dónde estaría la abandonada? ¿En qué casucha de aldeanos, en qué glacial dormitorio de Hospicio? ¿Vivía siquiera? ¿Valía más que viviese?

Estremeciéndose de frío moral, Revenga subió el cuello del gabán y caló el sombrero. Desolación inmensa caía sobre su alma. Precisamente acababa de saber en casa de unos amigos de Costavilla, donde solía preguntar disimuladamente por Anita Dolores, noticias alarmantes. ¡Anita Dolores se casaba! El nuevo socio de Costavilla, mozo emprendedor y dispuesto, era el marido. No mortificaban los celos á Revenga; no le quitaban el sueño memorias de lo pasado... pensaba en la suerte de su niña, y aquella boda obscurecía más aún el misterio de su destino. ¡Ah! ¡Pues si creían que iba á quedarse así, con los brazos cruzados y mucha flema británica! ¡Desde el día siguiente — desde el punto de la mañana, — que Anita Dolores se preparase! ¡Allí iría, á reclamar la chiquilla, á escandalizar si era preciso! El escándalo repugnaba á su carácter; el escándalo podía herir de muerte á Isabel, á su mujer, enterándola de lo que debía ignorar siempre... No importa, escandalizaría, ¡voto á sanes! Cantaría claro; desbarataría la boda; pondría en movimiento la policía, si era preciso... pero le darían su pequeña, y se cuidaría de entregarla á personas que la cuidasen bien, de educarla, de que nada le faltase... y sobre todo, la vería, la besuquearía, la llevaría juguetes en la Navidad próxima... Con firme determinación cerró los puños y apretó los dientes. ¡Amanece, día de mañana!

Entretanto Isabel, la esposa de Revenga, acababa de adornarse en su tocador. La doncella abrochaba la falda de seda brochada azul oscuro, y prendía con alfileres la pañoleta de encaje, sujeta al pecho por una cruz de brillantes y zafiros — el último obsequio de Revenga, traído de París. — Con inocente coquetería se alisaba el pelo ondulado y se miraba en el espejo de tres lunas, cerciorándose de que las señales de las lágrimas se habían borrado del todo, después del lavatorio con colonia y el ligero barniz de velutina. ¡El llanto no tenía para qué notarse!

Ya vestida y engalanada, pasó á un cuartito contiguo á la alcoba, habitación donde solía guardar baúles, pero que ahora presentaba aspecto bien distinto del de costumbre. Tapizaban las paredes ricas colchas y cortinas de raso y damasco; corría por el techo un cordón de focos eléctricos, y cubría el piso blando tapiz. En el testero, como á una vara de altura, se levantaba un tabladillo, y sobre él un Nacimiento, el Belén clásico español, con su musgo en las praderías, sus pedazos de vidrio y de hojalata imitando lagos y riachuelos, sus selvas de rama de romero, sus torres puntiagudas de cartón, sus pastorcillos de barro, sus dromedarios amarillos y sus Magos con manto de bermellón, muy parecidos á reyes de baraja. Dos diminutos surtidores caían con rumor argentino, bañando las plantas enanas en que se emboscaba el Portal. Isabel se detuvo á contemplar los hilitos del agua, á escuchar el musical ritmo, y recordó sus propias lágrimas, y sintió nuevamente preñados de ellas los ojos y rebosante el corazón... La injusticia, la maldad, la mentira, lastimaban á Isabel más aún que la ofensa. ¿Por qué la en-

gañaban, á ella que era incapaz de engañar, enemiga de la falsedad y el embuste? ¿Cabía salir de casa despidiéndose con una sonrisa y una caricia, para ir á pasar horas en compañía de otra mujer? Los surtidores goteaban, gimiendo bajito, é Isabel también gimió: el son del agua que cae se adapta á la alegría lo mismo que á la pena; para unos es concierto divino, para otros queja desgarradora. Quejábale el alma de Isabel, pidiendo cuentas, exponiendo agravios, alegando derecho y razón. ¿No había ella cumplido sus promesas, lo jurado al pie de aquel altar, pedestal y morada de su Dios? ¿No había sido siempre fiel, dulce, enamorada, dócil, casta, buena, en fin? ¿Por qué su compañero, su socio en la familia, rompía secretamente el pacto?

La mirada de la esposa de Revenga se fijó, nublada y húmeda, en el Belén, y la luz de la estrellita, colgada sobre el humilde Portal, la atrajo hacia el grupo que formaban el Niño y su Madre. Isabel lo contempló despacio, y un cuchillo agudo de dolor se le hundió en el pecho. «No pidas cuentas...», parecía decir la voz del grupo. No te quejes... Tú no has dado á tu esposo sino la mital del hogar; tú no le has dado el Niño...» La esposa permaneció un cuarto de hora sin ver el Nacimiento, viendo sólo, en las tinieblas interiores de sus penas, lo que cada cual, durante ciertos supremos instantes que deciden del porvenir, ve con cruel lucidez: lo fallido de su existencia, el resquicio por donde la desgracia hubo de entrar fatalmente... Suspiró muy hondo, como para echar fuera toda la pesadumbre, y poco á poco se apaciguó; su condición era de resignarse, de aceptar lo dulce, rechazando mansa y tenazmente lo amargo. «El Niño Dios me está diciendo que hice bien, muy bien...» La sonrisa volvió á sus labios, aunque sus ojos estaban anegados de un llanto que no corría. En aquel mismo instante se oyeron pisadas fuertes en el pasillo, y apareció Julio Revenga.

— ¿Qué es esto?, preguntó con festiva extrañeza á su mujer. ¿Has hecho un Nacimiento para divertirme? — Para divertirme yo, no — respondió expresivamente Isabel, ya serena del todo. — Tengo los huesos durillos para divertirme con Belenes... Es... ¡para divertir á una criatura!..

— ¡A una criatura! — repitió maquinalmente el esposo. — ¡No será nuestra esa criatura! — añadió de un modo irreflexivo, que tal vez respondía á sus íntimas preocupaciones.

— ¡Qué sabes tú! — murmuró Isabel con calma. Debí de palidecer Revenga. Bajó la cabeza, desvió el rostro. Tales palabras despertaban eco extraño en su espíritu. ¡Cómo había pronunciado Isabel la sencilla frase!

— No entiendo... — tartamudeó el infiel, con raros presentimientos y peregrinas sospechas.

— Ahora entenderás... ¿No tienes hijos, Julio? — interrogó ella derramando dulzura y compasión, y por extraña mezcla, despecho mal oculto.

Él no contestó. Medio arrodillado, medio doblegado, cayó sobre la banqueta de terciopelo frente al Belén. El mundo se le venía encima: ¡lo que adivinaba era tan grande, tan increíble! Quería pedir perdón, disculparse, explicar... pero la garganta se resistía. Isabel, llegándose á su marido, le echó al cuello los brazos, sofocada de indignación, pero magnífica de generosidad.

— No se hable más del caso... Tranquilízate... Así como así, estábamos muy solos, muy aburridos á veces en esta casa tan grandona. Yo tenía muchas, muchas ganas de un chiquillo, ¿sabes? No te lo decía por no afligirte. Hace catorce años que nos hemos casado, de manera que ya las esperanzas... ¡Qué se le ha de hacer! No es uno quien dispone estas cosas... Vamos, no te pongas así, Julio, hijo mío... Alégrate. ¡Hoy nos ha nacido una pequeña!..

Revenga, en silencio, besó las manos, besó á bulto la cara y el traje de su mujer. Temblaba, más de vergüenza y de remordimiento — es justo decirlo — que de gozo. Sus labios se abrieron por fin, y fué para repetir desalentadamente.

— ¿Cómo has sabido?.. Mira, yo no veo á esa mujer..., te juro que no, que no la veo... Te juro que no me importa, que la detesto, que...

— Estoy bien informada — contestó Isabel un tanto desdeñosa, apacible. — Me consta que no la ves ni la oyes. Su venganza, su desquite por tu abandono, fué enterarme de *todo*..., y por fin de fiesta, enviarme la niña... Y pues me la envió... ¡caramba!, no la he soltado, ¿sabes? Está en mi poder... La reconoceremos, arreglaremos lo legal. Que no le quede á *esa* ningún derecho...

Al aflojarse el nuevo abrazo de los esposos, Revenga imploró:

— ¡Tráemela!.. No la conozco todavía...

EMILIA PARDO BAZÁN



EL PADRE BLANCO GARCÍA

Nació al vestir el hábito agustino.

Hasta entonces era su vida un anhelo, una vocación solamente; no existía el mundo para él, ni él para el mundo: la curiosidad y la duda no marchitaron su espíritu. El convento le llamaba, y esperó ansioso la hora, como espera el capullo, cerrado á todas las fantasías de la noche, la dulce luz que ha de rasgar su cáliz. Estudios constantes y devociones piadosas eran sus juegos.

Como esas imágenes que asoman su rostro macilento en sagrados códices, orlando el pergamino, la figura del padre Blanco aparece tan unida y bien armonizada con libros y papeles, que sería difícil imaginarla de otro modo sin hacerle perder su carácter.

Muchas veces, á través de un hábito, aparecen rasgos del hombre, que delatan complicaciones invencibles de la voluntad, esclava de la profesión. En el padre Blanco no hay antítesis ni lucha; cuanto más atentamente se le mira, más fraile parece; es un espíritu religioso envuelto en una capucha de paño negro; sus ojos brillantes convencen de que no los fija nunca muy lejos ni muy hondo: la distancia y la posición de un libro, abierto para detenida lectura, determinaron la expresión de su mirada.

Un libro no miente; se nos hace amable ó aborrecible, según las emociones que despierta en el cerebro y en el corazón, pero dice siempre lo mismo, aunque no siempre lo entendamos de igual modo. Acostumbrado á la sinceridad modesta de los libros, el padre Blanco juzga también sinceros á los hombres.

Aficionado á la crítica literaria, escribió una extensa obra, siendo muy joven aún; pero la crítica literaria exige, además de la metódica erudición que no falta en *La literatura española del siglo XIX*, un conocimiento del mundo que no dan la cátedra ni la celda.

El padre Blanco estudia incesantemente, poniendo al servicio de la Orden Agustina su actividad incomparable. Niño aún, aprovechaba sus ocios de novicio y estudiante para emplear en útiles y sabrosas lecturas el tiempo que le dejaran libre lecciones y rezos.

Su feliz memoria sirve de ayuda y sostén á su clara inteligencia, conservando el tesoro de conocimientos adquiridos.

Llaman algunos á la memoria «el talento de los tontos,» cuando es un factor positivo en el trabajo intelectual. La inteligencia es la máquina, la memoria es la fuerza que la mueve. Si la máquina es mala, no hace buen trabajo por mucha fuerza que se le aplique; pero ¡cuán cierto es que muchos organismos bien dispuestos no funcionan por falta de impulso! ¡Cuántas inteligencias duermen por falta de memoria!

El padre Blanco tiene mucha memoria, y puede sentirse orgulloso de tan envidiable abundancia. En sus lecturas, por insignificantes que sean, hasta en las más triviales de mero pasatiempo, fija su atención hasta el punto de sustraerse á cuanto le rodea. Pero luego, una vez grabado en los misteriosos distribuidores celulares aquello que leyó, nunca se le olvida. Sólo así, con esta confianza y con un método escrupuloso, pudo escribir y ordenar por primera vez en España el índice literario de nuestro siglo un mozo de 25 años, edad muy corta para esfuerzo tan grande. *La literatura española en el siglo XIX*, publicada en 1891 (tres volúmenes), fué una sorpresa y una revelación. Ni sus inexperiencias ni sus errores parciales destruyen la importancia y acierto del conjunto, ni puede ya disputar nadie al agustino la primicia en tan honrosa labor.

Mayores aptitudes que para la crítica literaria reúne sin duda el padre Blanco para el estudio formal de la Historia; y si es importante aquélla, importan-

te y necesario es buscar una orientación á nuestro carácter nacional en los hechos y varia fortuna de los antepasados.

Errores de la historia conducen á desastres de la vida, y es preciso volver los ojos hacia lo pasado para trazar la senda que nos conduzca á lo porvenir.

Mientras nuestro espíritu se debilita sumergiéndose poco á poco en un cosmopolitismo intemperante, acaso en las viejas tablas de un archivo duerme nuestra redención, y entre apolillados pergaminos



Francisco Blanco García

el genio de la raza espera que una mano piadosa lo descubra.

Lo porvenir se guarda en lo pasado como en la semilla el germen; la historia nos presenta lecciones y ejemplos: hay que rehacer la historia falseada.

Y obedeciendo á esta necesidad, el padre Blanco formaliza sus trabajos, refuerza su estudio, halla su verdadero camino, y con valiosas investigaciones acerca del reinado é influencia de Felipe II, principia la obra colosal que de su constante y meditada labor nos prometemos.

El padre Blanco fué catedrático en el colegio de Alfonso XII, y al fundarse la Universidad Libre del Escorial, regida por padres agustinos, eligieronle muy acertadamente para explicar Filosofía y Letras.

También es director de la revista religiosa, científica y literaria *La Ciudad de Dios*.

De mediana estatura, delgado, nervioso, envuelto en su hábito, parece una evocación del Renacimiento. Su ingenuidad y su candidez llegan á lo inverosímil; se apasiona en sus trabajos, y sin hacer ostentación de sus ideales católicos, ni tratar á todas horas de ganarse prosélitos, revela un alma profundamente religiosa y mística.

Es posible que sin hablar siquiera de religión, convirtiese á un incrédulo que frecuentara su trato, porque hay en su fisonomía, en su mirada, en su voz, en sus ademanes, algo más elocuente que todos los discursos teológicos de algunos misioneros.

LUIS RUIZ Y CONTRERAS

CUENTO DE INVIERNO

Era la Nochebuena... ¡Pobres gentes! En torno al ancho hogar del caserío estaban reunidos todos viendo humear las cazuelas y pucheros en que cocían las cosas extraordinarias que iban á comer. Un capón, unas magras, un gran perol de leche de almendras. Y en medio del cuarto estaba servida la mesa.

Esperaban á que fuesen las doce de la noche. El tío Roque, á pesar de sus setenta años, estaba en pie. Su mujer, que cumplió dos días antes sesenta y seis inviernos, lo preparaba todo lentamente. Los hijos, fuertes y rudos, cantaban en voz baja. La hija, casada con el mocetón que daba vueltas al contenido de las cacerolas con una cuchara de palo, estaba remendando unos pantalones mientras llegaba el momento de cenar. Allá á lo lejos, en los caseríos del monte, se oían canciones, disparos; y á través de los cristales se veía el resplandor rojizo de las hogueras que encienden los vascos la noche en que nace Dios...

Sonaron las doce.

— ¡A la mesa!, gritó el tío Roque.

— ¡A la mesa!, repitieron todos.

Se colocaron sin orden ni concierto, y el yerno mocetón puso en medio el gran capón que olía á gloria y parecía dorado á fuego.

— El sitio de Román que quede vacío, dijo con gran tristeza la pobre madre.

¡Román!

Había ido á Cuba, en el batallón de Sicilia; le habían despedido en la estación, con toda la población entusiasmada, y *Marchas de Cádiz* y todas aquellas cosas de hace dos años. Llegó, escribió una carta, dos, tres, en la última decía que estaba muy enfermo, ¡y ya no supieron más! Román ha muerto en el hospital de Cienfuegos, les dijo un bestia de compañero de aquel hijo adorado, y que vino licenciado de Cuba. Desde aquel día, los padres, los hermanos, lloraban sin cesar la pérdida de aquel labrador tan fuerte y tan robusto perdido para siempre...

La cena no fué animada como la de otros años. El tío Roque miraba sin cesar al sitio vacío. A fuerza de beber sidra, se animaron todos, porque bebían á la desesperada... La nieve azotaba los cristales; María, la hija del viejo matrimonio, se puso á cantar un zortzico, y todos comenzaron á repetirlo á coro. La sidra corría

en abundancia. Era ya aquello una Nochebuena en regla, y el vino había hecho olvidar las penas.

— Ponle vino á Ramoncho, dijo el anciano entre borracho y sentimental.

— ¡A la memoria de mi hermano Ramoncho!, gritó María.

Y se levantaron todos y bebieron en silencio.

En aquel momento sonaron varios golpes á la puerta y se oyó una voz que decía:

— ¡Abrid!

¡En Nochebuena, á las doce de la noche! Miráronse todos con cierto miedo.

— ¡Abrid, por Dios!

— Algún infeliz perdido en el monte, dijo el viejo; abre y que cene.

Abrieron.

Y apareció en la puerta algo así como un cadáver, un hombre, una sombra, con los ojos hundidos, dos grandes hoyos en las mejillas..., que se adelantó y gritó:

— ¿No sabéis quién soy yo? ¡Dios mío, Dios mío, no me conocen!..

— ¡Jesús!.. ¡Esa voz!.., exclamó la madre. ¡Es él, sí!..

— ¡Ramoncho!

Y Ramoncho avanzó lentamente, llegó hasta cerca de la mesa; mientras toda la familia le contemplaba absorta, cayó como herido por el rayo; y haciendo una mueca mortal, gritó: ¡Viva España!

EUSEBIO BLASCO



EL JUICIO DE PARIS, cuadro de M. Seymour-Lucas. Derecho de reproducción de Franz Hanstaengl, de Munich



NOCHEBUENA, cuadro de Havenith

## EL PÚLPITO DEL DIABLO

CUENTO DE NOCHEBUENA

con ilustraciones de Gili Roig

Hace tres años invernaba yo en Niza, haciendo frecuentes excursiones por la *costa azul*, acompañado de un mozalbete ágil, avispado y locuaz, que respondía al apodo de *Grelot (Cascabel)* y que el dueño de la fonda en que me hospedaba había tenido la feliz ocurrencia de darme para guía.

A una legua de la hermosa ciudad alpina se alza, en medio de un espeso pinar lleno de sombras, solitario y misterioso, una roca que semeja un púlpito gigantesco. Cierta tarde, regresando con *Cascabel* de una larga excursión, divisé la roca desde lejos y quise acercarme á ella.

— ¡Deje usted, señorito!, exclamó mi guía. Es ya muy tarde..., necesitamos más de una hora para llegar á Niza...; si nos desviamos, nos va á sorprender la noche en el camino..., y en ese pinar la obscuridad es terrible.

De la expresión del muchacho deduje que aquel sitio agreste le inspiraba un terror invencible. Contestó con evasivas á mis preguntas encaminadas á sondear su ánimo, pues presumía de despreocupado y de valiente y le dolía confesar una flaqueza. Rindióse por fin á mi tenaz interrogatorio y explicó que aquella roca era el *Púlpito del diablo*, y que nadie se atrevía á penetrar en el pinar misterioso que lo rodeaba, sin haber confesado y comulgado el mismo día.

— Parece que desde ese púlpito, refirió *Cascabel*, el demonio seducía á los leñadores y á los carboneros con sus pérfidos discursos, hasta que surgió delante de él otra roca en que estaba sentado un ángel de luz. El ángel confundió al diablo, y éste tuvo que abandonar su puesto. Pero aún ocurren cosas muy extrañas en ese pinar sombrío. Por ejemplo, la muchacha que tiene el valor de ir á sentarse la Nochebuena, á las doce en punto, al pie del Púlpito del diablo, puede descubrir el misterio de su destino y saber si será ó no feliz en su matrimonio.

— Y tú ¿crees en esas cosas sobrenaturales, *Cascabel*?

— ¡Qué voy á creer, señorito! Todo eso son cuentos de viejas...

— Entonces, ¿por qué no quieres internarte en el pinar misterioso?

— Porque no me gusta tentar al diablo..., y además, ya lo he dicho, nos sorprendería la noche en una espesura de la cual no podríamos salir.

\* \*

Quince días después empezaba yo á celebrar con un delicado almuerzo la segunda fiesta de Navidad, cuando mi hostelero, que se las echaba de artista culinario y de escritor profesional, se me acercó acompañado de un camarero portador de un extraño pastel.

Colocado éste sobre la mesa, el fondista me dijo muy ufano y con la familiaridad á que le daba derecho su título de colaborador del *Hotel ilustrado* de París:

— ¡Eh!, ¿qué tal, mi querido colega? ¿Qué me dice usted de esta obra de arte, confeccionada intencionalmente para usted?

— La pregunta me parece algo prematura, contesté yo con violentas ganas de reirme. Deje usted que lo pruebe antes de emitir mi opinión.

— Dice usted muy bien por lo que toca al gusto; pero yo me refería desde luego á la forma del pastel.

— Me parece caprichosa.

— ¿No le recuerda á usted algún objeto conocido?

— No, señor.

— Fíjese usted bien.

Yo bien me fijé; pero el pastel no me recordó nada. Mi ilustre colega en literatura culinaria atribuyó á mi falta absoluta de memoria aquel fracaso de su obra artística, y explicóme que el pastel figuraba el *Púlpito del diablo*, que yo había visto con *Cascabel*.

— Al darle esta forma, añadió, he querido rendir doble tributo á la actualidad, pues la famosa roca acaba de ser testigo de un suceso digno de ser contado en letras de molde.

Y sin esperar invitación mía, se me sentó delante y me refirió el suceso tal como á continuación se cuenta.

\* \*

A mitad de la calle del Monte, cerca de nuestro puerto, se alzan dos casas que llaman la atención del transeunte por el singular contraste que ofrecen en-

tre sí. La una, baja, sólida, achicada por un tejado de aleros muy salientes y pintarrajada de rojo, abre sus anchas ventanas á la calle como ojos desvergonzados. La otra, estrecha, endeble, de techo puntiagudo como gorro de nigromántico y pintada de un color gris plomizo, parece ocultar algún misterio detrás de sus persianas amarillas constantemente cerradas.

Como los moluscos que afectan la forma y el color de sus conchas, los dos propietarios de esas casas tan diferentes parecen hechos de intento para sus respectivos domicilios: el sastre Lelong, pálido, enjuto de carnes y bilioso, hace resaltar la rolliza persona de su vecino Rondos, bajo, barrigudo y sanguíneo.

Rondos fué leñador en sus mocedades, soldado posteriormente; maestro de armas después del servicio, y finalmente zapatero. De exterior poco simpático, la gente le mira, sin saber por qué, con alguna prevención.



Julia, que los veía desde su cuarto...

No tiene más amigos que el maestro Lelong y su sobrino Pasquet, joven labrador establecido en las cercanías.

Del sastre no hablan mal, pero tampoco se capta simpatías con su aire solapado. No obstante, los encantos de su hija, rubia de ojos negros, inclinada al romanticismo y á la religión, atrae al taller del bilioso Lelong una numerosa clientela, que atribuye la mirada equívoca del maestro á un estrabismo que padece.

Julia reúne la ingenuidad y la gracia propias de los diez y siete años. Huérfana de madre desde la más tierna edad, ha sido educada en la montaña, en casa de una parienta de su padre, entre rústicos labriegos, cuyas supersticiones han arraigado en su espíritu romántico.

Rondos y Lelong se visitan diariamente y comen juntos los días festivos. En tales días, Pasquet acompaña á su tío, y Julia se pone el traje que cree que más la favorece. Los jóvenes son novios.

\* \*

La noche antepasada, el inglés que almuerza al extremo del comedor ganó cincuenta mil francos en Monte-Carlo. Al salir del Casino, como alocado, se le enganchó en la cerradura de la puerta la bufanda á cuadros que lleva siempre encima y que se desgarró con estrépito. Muchas personas se precipitaron tras del afortunado y excéntrico jugador; pero él ya había desaparecido.

Cundió por aquí la noticia y no faltaron curiosos que viniesen á pedirme informes de mi británico huésped. Algunos parásitos pretendieron hacerle empréstitos con la garantía de una buena racha en la ruleta; pero toda espera fué vana. Mr. Hutchinson no pareció por aquí en todo el día ni en toda la noche, teniéndonos á todos muy alarmados.

\* \*

El mismo día por la mañana, Lelong y Rondos hablaban con animación extraordinaria en el jardín de la casa roja. Julia, que los veía desde su cuarto, pensaba que era cuestión de su matrimonio. Quería mucho á su prometido, pero la fisonomía de

su tío distaba mucho de agradarle. Se le figuraba que el rechoncho zapatero había de ejercer en su sobrino una influencia lastimosa, y se preguntaba si sería feliz casándose con el joven. Se acordó de la leyenda del Púlpito del diablo, y resolvió salir aquella misma noche de dudas acerca de los misterios del sombrío pinar. Serían las diez cuando salió cautelosamente de su casa y emprendió el camino que conduce á la imponente roca. ¡Con qué fuerza le latía el corazón en medio de aquel bosque solitario, que la luna en su menguante poblaba de fantásticas sombras! Llegó al pie del púlpito, jadeante, no tanto de fatiga como de emoción, y se acurrucó entre unas malezas. Pero todo dormía allí en el silencio más profundo.

La muchacha se avergonzó de su miedo, é iba á alejarse, curada de su debilidad por las historias maravillosas, cuando la brisa nocturna llevó hasta su oído las doce campanadas de la media noche, que sonaban en la torre de una iglesia.

Entonces salió de entre la maleza un rumor extraño, estalló un tiro, furiosos pisoteos acusaron una breve lucha y todo volvió á quedar en silencio. Julia, bajo la opresión causada esta vez por un peligro real, envolvióse en el negro manto que llevaba sobre su vestido color de rosa, cayó al suelo de rodillas y se agachó para ocultarse mejor detrás de un tronco de árbol.

Apenas oculta, divisó bajo los pinos á dos hombres que llevaban en andas un cuerpo inerte cubierto con una bufanda á cuadros. La muchacha contuvo la respiración. Los dos hombres se detuvieron no lejos de Julia y depositaron su carga en el suelo para descansar un instante, sin dejar de hablar en voz baja. He aquí lo que ella oyó:

— Se defendió bien; sin embargo, yo hubiera dicho que mi bala le había dejado en el sitio.

— Tu mano temblaba al apuntarle, y si yo no hubiese tenido mi cuchillo montés...

— Sí, pero cuando se echó á un lado, me heriste en la mejilla..., la tengo cubierta de sangre.

— No te quejes; á mí me hirió en la pierna izquierda; apenas puedo andar...

Los dos hombres se alejaron con su misteriosa carga. Un rayo de luna desgarró las nubes que cubrían el cielo, y proyectó su luz sobre una bufanda escocesa que cubría aquel cuerpo inerte.

\* \*

El sol daba de lleno en la ventana del cuarto de Julia, cuando ésta despertó con el espíritu turbado todavía por las terribles emociones de la noche. Procuraba reconstituir los sucesos que había visto desarrollarse en torno de ella, dudando si todo lo había soñado. Su padre entró cantando á saludarla.

— ¿Qué es eso, perezosa?, le dijo alegremente. ¿Todavía no te has levantado? ¡Vamos, chica, vamos!

Julia no acertó á decir una palabra. Miraba con fijeza una cicatriz reciente que su padre llevaba en la mejilla. El sastre salió sin notar la estupefacción de su hija. Julia se levantó, asomóse á la ventana y vió pasar por la calle al zapatero Rondos, que cojeaba de la pierna izquierda.

Para escapar á los odiosos pensamientos que la asaltaron, la joven se fué á misa. Detrás de ella, dos mujeres hablaban de la desaparición del inglés que el día antes había ganado cincuenta mil francos á la ruleta; un inglés que todo Niza conocía por la bufanda á cuadros que siempre llevaba puesta sobre las espaldas. Julia estuvo á punto de desmayarse.

De regreso á su casa, oyó las voces de su padre y de Rondos que hablaban encerrados en una habitación.

— No, vecino, decía el sastre, no está bien lo que me has hecho hacer. ¡Si nos descubriesen!

— No se sabrá nada, replicó el maestro zapatero.

— ¿Dónde lo descuartizaremos?

— Aquí mismo. Nadie entra en esta sala y no hay temor de que nos sorprendan.

— ¡Bueno! Pero tú te encargas de la operación.

— Será preciso que me ayudes.

— ¿Y si mientras tanto viene algún cliente? No podré salir ensangrentado.

— Entonces podrá ayudarme tu hija.

— Sí, las mujeres son más hábiles para estas cosas.

Julia no tuvo la fuerza de oír más. Huyó á su cuarto y alocada escribió la carta siguiente:

«Pasquet: Una desgracia inaudita, un crimen que debes ignorar, me separa de ti y del resto del mundo. No vuelvas á ver jamás á tu tío y quema esta carta inmediatamente después de su lectura. Yo estoy firmemente resuelta á pasar el resto de mis días en un convento. — JULIA LE LONG.»



A una legua de la hermosa ciudad alpina...

Cerró la carta y la envió á su destino por un muchacho de la vecindad. Pero el mandadero encontró á Pasquet en la calle y le entregó la misiva.

\* \*

Media hora después, Rondos y Lelong salían de la misteriosa sala, al mismo tiempo que Pasquet se presentaba en casa del sastre con la carta de Julia en la mano y seguido de varios agentes de policía, cuyo jefe se encara con Lelong y le pregunta si ha visto al inglés de la bufanda escocesa. El sastre contesta que efectivamente ha visto á un inglés que por las señas debe ser el que buscan.

— Vino aquí, añade, y me encargó que le zurciera una bufanda á cuadros que había roto en el Casino.

— A ver esa bufanda, replica el jefe de policía. Lelong se turba, vacila, balbucea y acaba por manifestar que no sabe dónde la ha metido. Un agente hace ademán de entrar en la sala; Rondos se lo impide con un gesto enérgico; diez brazos lo apartan con violencia...

En este instante supremo, la puerta del vestíbulo se abre lentamente y aparece Mr. Hutchinson. Sin hacer caso de la estupefacción que produce su entrada, el inglés interpela al sastre y le pregunta si le ha zurcido la bufanda.

— No, milord, contesta Lelong con afabilidad; pero mañana...

— Milord, pregunta el agente, ¿quiere usted explicarme su brusca desaparición de ayer?

— Tenía una visita urgente que hacer en Cannes.

Y sin dar más explicaciones, vuelve las espaldas y sale bruscamente. Los de la policía se eclipsan detrás de él. Lelong y Rondos se quedan con los novios. Pero mientras que Mr. Hutchinson tenía ocupada la atención general, Pasquet penetró en la sala y volvió lleno de espanto.

— Fortuna ha sido, dice Rondos, que los agentes no hayan entrado en la sala, compadre, porque hubieran visto...

— ¡Que se ha cometido una muerte!, interrumpe el joven labrador con voz terrible.

— ¡En efecto!, exclama Rondos con un cinismo que hiela de espanto á la muchacha.

— Tío, dice Pasquet, y usted, Sr. Lelong, ¿no han

tenido piedad de Julia? Afortunadamente, aquí estoy yo para protegerla.

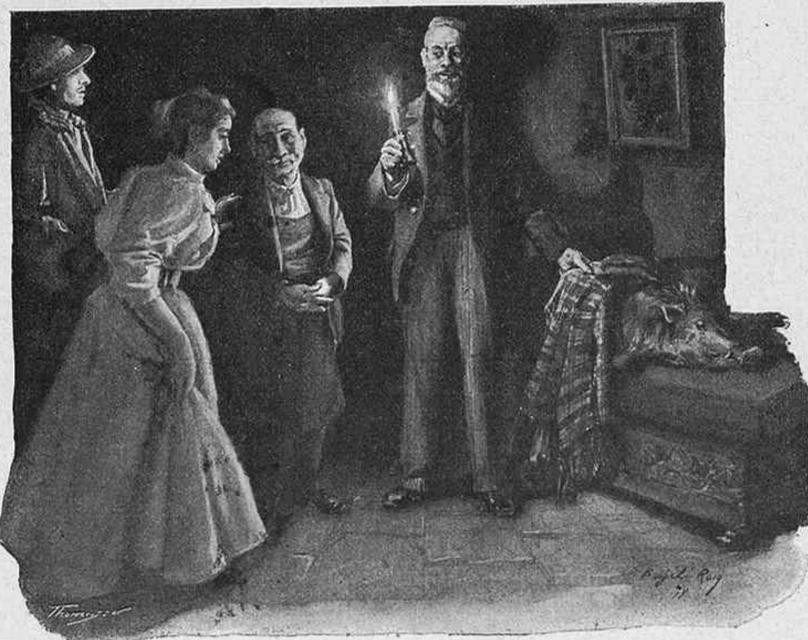
— ¡Padre!, exclama la niña; aún es tiempo, huya usted; pase usted la frontera...

Lelong no responde; coge una luz y entra en la sala con paso solemne. Encima de un canapé yace una forma humana, cubierta con la bufanda escocesa del inglés, manchada de sangre. El sastre la levanta y aparece el cadáver... de un joven jabalí.

— He aquí el fruto de mi debilidad, dice melancólicamente Lelong. La tentación vino de Rondos. Como las noches son frías, me abrigué con lo primero que tuve á mano.

— Algo habíamos de cazar, repuso el zapatero, para celebrar las fiestas de Navidad.

Los dos compadres, que tenían de sobra con la mitad del jabalí, me han vendido la otra mitad, que



Algo habíamos de cazar, repuso el zapatero

yo he puesto de distintos modos para satisfacer á la variedad de gustos de mis clientes. Y como doy siempre importancia al lado artístico y á la oportunidad de las cosas, he dado á este pastel la extraña forma del Púlpito del diablo.

JUAN B. ENSEÑAT.

NUESTROS GRABADOS

¡Resignación!, cuadro de R. Ferruzzi. — Composición altamente simpática, en que el artista italiano debe haber puesto gran parte de su alma. Las miserias de la vida no han conducido á esa pobre madre á la desesperación, como á tantas otras; antes al contrario, se resigna cristianamente con su triste suerte, y en su fervor religioso eleva al cielo humilde súplica para que la suavice, ya que no por ella, por la tierna é inocente criatura que en brazos lleva. La expresión del rostro de la figura principal de este lienzo es todo un poema y reproduce exactamente los sentimientos de que debe estar animada.

\* \*

El juicio de Paris, cuadro de Seymour-Lucas. — ¡A la más hermosa!, gritó la Discordia arrojando la manzana entre las tres diosas mitológicas, dando lugar á la disputa surgida entre ellas y á la designación de Venus por el enamorado Paris, elegido para dirimir la controversia. — ¡Al más goloso!, parece haber gritado la Discordia al arrojar una manzana entre las tres hermosas criaturas del cuadro de Seymour-Lucas; pero en esta ocasión no habrá necesidad de la intervención de ningún Paris, pues reconociéndose una y otra como la más golosa, cada cual pretende adjudicarse la manzana á sí misma, y si hay disputa, será para convertir «lo tuyo en mío.» Animación, movimiento, excelente dibujo y brillante colorido son las cualidades que distinguen á esta agradable composición.

\* \*

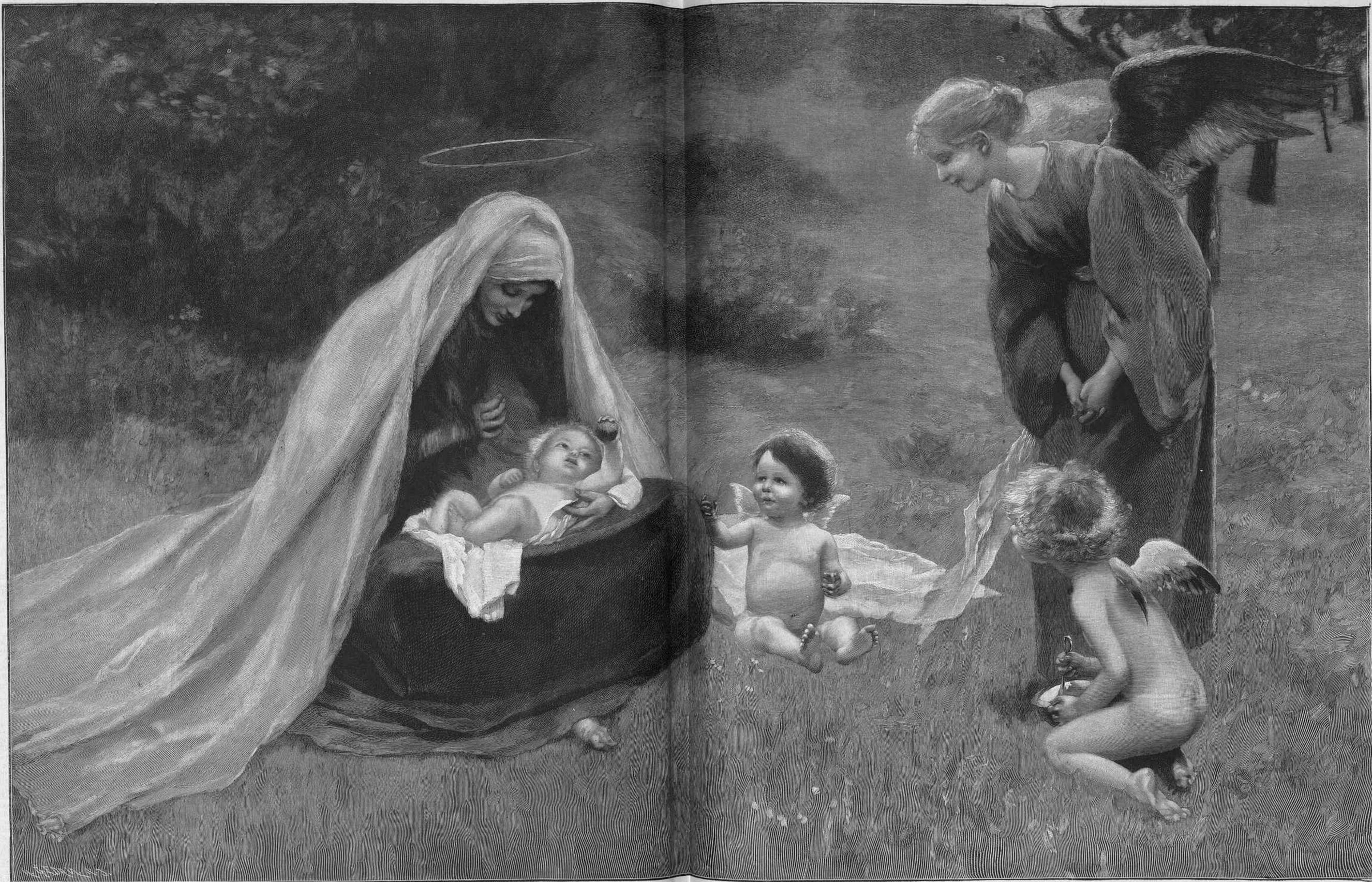
Nochebuena, cuadro de Havenith. —

Este lienzo, lleno de suavidad y de candor, es una bella composición alegórica inspirada en el humilde nacimiento del Salvador. Tendido el Niño Jesús en pobre pesebre, lo contempla su santa Madre embebecida, arrobada, en tanto que algunos niños, en representación de los ángeles, que si no lo son en esencia, lo parecen por su infantil pureza, fijan la vista en el tierno infante más bien con expresión de simpática curiosidad que obediendo en su inocencia á otro místico sentimiento. Esas cinco cabezitas con su expresión juvenil y sencilla avalloran el mérito de esta obra de arte, que se contempla con sumo agrado.

\* \*

La Virgen Madre saludada por los ángeles, cuadro de J. Scheurenberg. — Este distinguido pintor berlinés ha dado una nueva prueba de su talento trazando el lienzo alegórico que reproducimos por medio del grabado. Todo

en él respira amor y sencillez, constituyendo un idilio religioso, en el que como exclusivas figuras entran la Madre del Verbo con el divino Niño en el regazo, Jesús entreteniéndose con una manzana, y los ángeles que acuden á saludar á la que ha deparado á los hombres un Redentor y que acudirán también á transportarla al cielo una vez terminada su misión en la tierra.



LA VIRGEN MADRE SALUDADA POR LOS ANGELES, CUADRO DE J. SCHEURENBERG

Plancha que los españoles de la República Argentina han regalado á D. Calixto Oyuela por su *Oda á España*, publicada en el número 855 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. — Nada conmueve tanto el corazón como las frases dedicadas á la madre patria; nada se agradece tanto como las palabras sinceras de amor dedicadas á ella por quien, sin haber nacido en su seno, la respeta y la enaltece con entusiasmo. Por eso los españoles del Río de la Plata, profundamente conmovidos por las valientes estrofas del insigne poeta argentino D. Calixto Oyuela, y por sus conceptos, agradecidos hasta lo más hondo del corazón, han querido manifestar tales sentimientos haciéndole un presente de gran significación moral y artística.

cesa se halla situado un grupo de tres islas, llamado Salud, y constituido por las de San José, del Diablo y Real. En la segunda de estas islas, ó mejor dicho, islote, se halla deportado el ex capitán del ejército francés Dreyfus, cuyo proceso de alta traición tanto ha apasionado los ánimos en la vecina República y aún sigue apasionándolos en estos momentos, por lo cual creemos de actualidad.



PLANCHA QUE LOS ESPAÑOLES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA HAN REGALADO Á D. CALIXTO OYUELA POR SU «ODA Á ESPAÑA»

El Sr. Oyuela es verdaderamente amado por la colonia española, y se le considera como el más querido de los hermanos. Cuando publicamos su semblanza, insertamos también su preciosa *Oda á España*.

La plancha figura la entrada de viejo torreón guardado por el león simbólico, todo de plata maciza, siendo las puertas dos hojas de oro en las que están grabadas las estrofas de la *Oda*. Es trabajo de mucho mérito artístico, salido de los acreditados talleres de los Sres. Gottuzzo y Costa, de Buenos Aires.

Ese obsequio tiene una segunda y hasta tercera parte. La comisión nombrada al efecto coleccionó los trabajos literarios relativos á España escritos en diferentes épocas por el Sr. Oyuela, y con ellos se ha formado un precioso libro de unas 420 páginas en 8.º mayor, cuya edición le ha sido regalada.

Contiene dicho volumen versos y prosa. Entre los primeros sobresalen las composiciones que llevan por título (además de la *Oda á España*) *Finis justitiae*, *A fray Luis de León*, *Colón*, *Epístola á Rafael Calvo*, *A España* y otra poesía recitada en el teatro Odeón por D. Fernando Díaz de Mendoza en la función de despedida de María Guerrero.

La parte de prosa contiene artículos críticos: *La raza en el arte*, *Manuel Tamayo y Baus*, *Marcelino Menéndez Pelayo*, *Noticia de la vida y escritos del poeta catalán Manuel de Cabanyes*.

Crónicas dramáticas; representaciones dramáticas del inolvidable Rafael Calvo en 1884; Vico, estudio crítico, 1893; y representaciones de María Guerrero, 1897.

Termina el libro con un artículo titulado *España y Echegaray*, que es la refutación á unas críticas de Paul Grussac.

Al mismo tiempo, la comisión de «La Patriótica Española» le ha conferido la medalla de oro de dicha asociación.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se adhiere á demostración tan simpática y envía al celebrado escritor argentino un saludo de afecto y veneración. — JUSTO SOLSONA.

\*\*

La isla del Diablo, donde está preso Dreyfus. — Frente á la desembocadura del río Kurn en la Guayana fran-

grabado que incluimos en el presente número. A las indicaciones que se hacen al pie de este grabado, consideramos oportuno añadir algunos datos que las completan.

El deportado reside en la isla del Diablo, en cuya punta extrema y entre un grupo de cocoteros está la casa que habitaba los dos primeros años; pero cuando la cuestión entró en una nueva fase, se juzgó aquel sitio demasiado expuesto á las miradas de los navegantes, y por temor de una evasión, se decidió trasladarlo de allí. La nueva vivienda se construyó en la cumbre de la colina que domina la playa. Es una casita de unos cuatro metros cuadrados, cubierta de cinc, la cual se eleva en una de las caras de la estacada rectangular que la rodea por completo, y que está formada de gruesos maderos, puntiaguados en un extremo y perfectamente juntos, lo cual, unido á su altura, hace que no se vea al través de ella la isla ni el mar. En la casa hay un sitio rodeado de una verja, verdadera jaula, destinada al guardián, que jamás aparta la vista del deportado. La verja comunica con la casa por una puerta de doble cerradura. El custodio de guardia tiene la llave de una de estas cerraduras; la de la otra está en poder de un vigilante, y ninguno de ambos puede abrir sin el concurso del otro.

Al extremo de la empalizada, y precisamente al lado de la casa, está la de los guardianes, en la que se albergan seis vigilantes, casa que tiene una torre de ocho metros de lado con tres ventanas ó puertas en cada costado; desde ella un vigía examina constantemente el horizonte, teniendo al lado un cañón-revólver Hotchkiss.

El régimen de vida de Dreyfus es tan uniforme como severo. Se levanta á las cinco de la mañana, hora á la que se le abre la puerta que da acceso desde la casa al sitio que tiene designado para pasear. Después de hacerse él mismo su desayuno, sale y fuma algún tiempo, paseando por aquel recinto, desde el que no puede ver más que el cielo. De diez ó once se cierra aquella puerta, para abrirla de nuevo desde las once hasta las cinco de la tarde.

Los guardianes jamás deben hablarle, y él tampoco ha dirigido nunca la palabra á nadie, excepto al médico cuando ha tenido necesidad de llamarle. Es en suma el régimen celular, en una celda especial y al aire libre.

EL TESORO DE BOSCOREALE;

Pocas colecciones hay tan completas como la que el barón Edmundo de Rothschild ha ofrecido al museo del Louvre de París.

Tiene tal valor artístico; suministra nociones arqueológicas tan precisas y curiosas; arroja tan viva luz sobre ciertas cuestiones relativas á la orfebrería antigua, que se le debe clasificar sin vacilación en primera categoría.

El conjunto del tesoro, que consta de ciento dos piezas, puede dividirse en dos grupos distintos: utensilios de uso común y piezas de arte.

Los primeros son muchos, figurando entre ellos elegantes páteras decoradas con ligeros adornos, como follajes graciosos ó rosetones, tirsos rodeados de cintas, peces que juegan en las ondas, amorcillos montados en delfines ó blandiendo tridentes. En todas partes se ha dado libre vuelo la á fantasía, pero sin apartarse jamás de los límites del buen gusto. Hay bandejitas que se parecen á los platillos de nuestras tazas de té; una serie de vasitos ovales para contener los condimentos usados en la mesa, cucharas de todas formas y tamaños, moldes de pastelería, jarros, copas para gustar el Falerno ó beber el vino del Vesubio, recipientes redondos de pico, análogos á nuestros cucharones de ponche; en fin, una variedad de utensilios que excitan la curiosidad de los arqueólogos y llaman la atención de la gente.

Pero el conjunto de las obras de arte es lo que más tiempo debe detener al visitante, porque es verdaderamente maravilloso. Presenta una serie de composiciones de gracia sincera y de lozanía incomparable, en que el gusto va unido á la proporción y á la verdad. Reconócese al punto que son obras ejecutadas bajo la influencia de las tradiciones griegas.

Una de las más extraordinarias es una admirable fiala ó pátera adornada en su centro de un busto de mujer en alto relieve que debe representar la ciudad de Alejandría de Egipto á juzgar por los atributos que la rodean. El relieve, delicadamente repasado con el buril, está enteramente dorado, á excepción de las partes desnudas. Un detalle dará idea de la finura de la mano de obra; las orejas tienen agujeritos por los cuales hay pasados anillos de oro. Es la imagen protectora de la ciudad, la *Tyche*, como decían los griegos.

Así como son comunes los espejos de bronce hallados en Etruria ó en Grecia, así también son raros los de plata. El tesoro de Boscoreale ha proporcionado tres de un modelo tan rico como elegante. El lado del disco que no servía para mirarse está ocupado por un medallón que representa la aventura de Leda y del cisne; en el otro hay un busto de Ariadna.

Si se fija la vista en los jarros propiamente dichos se advierte que se presentan dos á dos adornados de escenas análogas, y no semejantes porque los asuntos están interpretados de diferente manera. Se les puede dividir en dos clases: jarros para escanciar y jarros para beber.

Merecen especial mención dos escudillas enteramente doradas en su interior y realizadas exteriormente, cerca del borde, con una ancha franja de oro. Alrededor de la panza se ve cincelada una profusión de alimentos, utensilios, animales é instrumentos de todo género.

Pero las vasijas más extraordinarias de todo el tesoro son dos grandes cubiletes adornados de guirnalda de rosas bajo las cuales aparecen esqueletos en muy diferentes posturas. No puede darse nada como estas vasijas desde el punto de vista de la originalidad. A juzgar por las inscripciones que llevan dichos esqueletos, son los de los grandes hombres de la Grecia; el artista les ha dado la apariencia de la vida y cada uno de ellos tiene una fisonomía propia y expresiva.

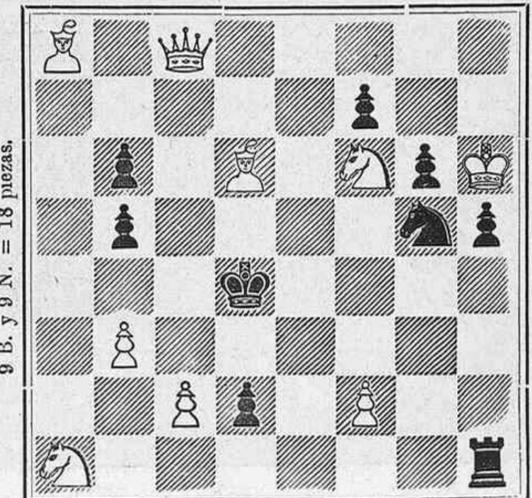
Las vasijas de escanciar son menos numerosas que las de beber; pero están representadas por dos jarros muy elegantes provistos de un gollete en forma de trébol. En el cuello unos niños alados dan de beber á unos grifos: una estatua de Minerva guarnece la panza, colocada sobre un altar rodeado de guirnalda, á derecha é izquierda del cual dos Victorias aladas inmolan toros y carneros. El conjunto de estos grupos es muy decorativo y á propósito para esta clase de jarros, que lo mismo podían servir en la mesa que en los santuarios.

El conjunto del tesoro de Boscoreale depara la ocasión de apreciar y estudiar modelos helénicos en los cuales la libertad del estilo compite con la de la invención, en que la ornamentación, libre de todo vínculo con la vida civil ó religiosa, toma de la naturaleza sus mejores y más graciosos efectos. El estudio de estas vasijas tiene una importancia decisiva para el arte de la baja época griega, así como por lo que respecta al del patrimonio artístico de los romanos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 144, POR PEDRO RIERA

NEGRAS

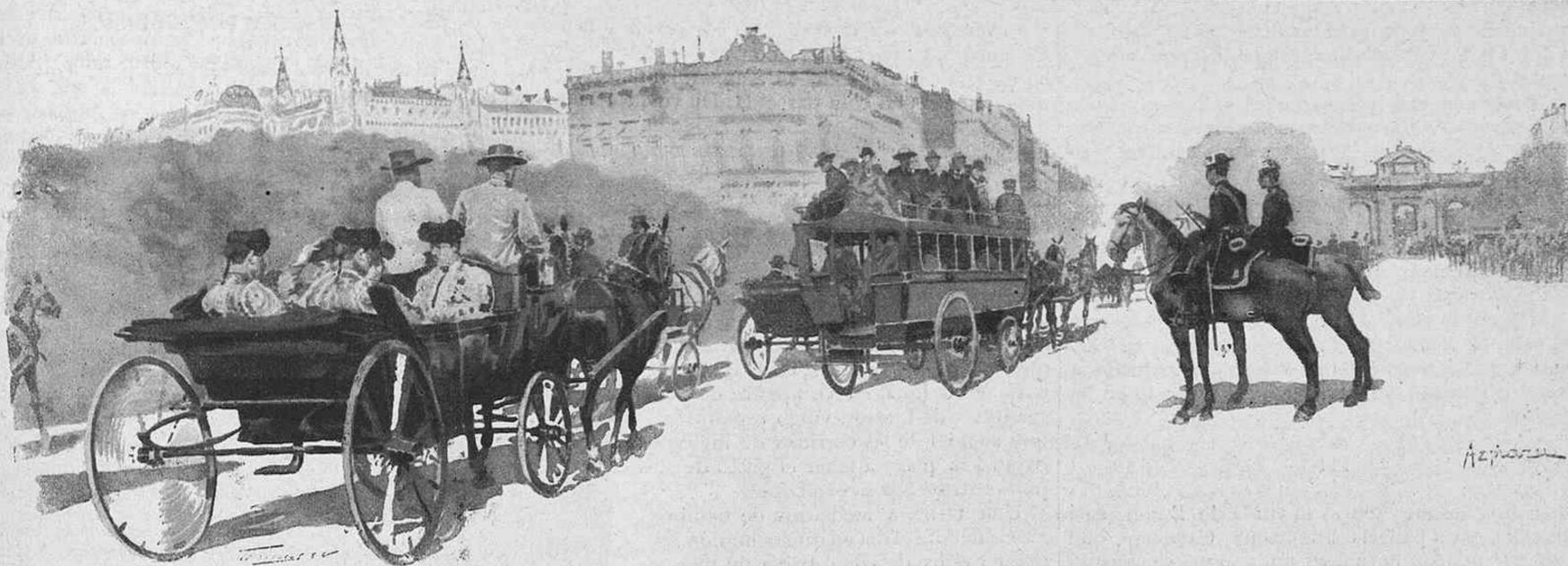


BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 143, POR J. TOLOSA

- |                      |                |
|----------------------|----------------|
| Blancas.             | Negras.        |
| 1. T6D               | 1. Cualquiera. |
| 2. P, T, C ó D mate. |                |



LAS TRES COGIDAS

POR F. MORENO GODINO. - ILUSTRACIONES DE AZPIAZU

LAS TRES COGIDAS

I

Los moralistas dicen que las pasiones bien dirigidas y contenidas en ciertos límites, son provechosas á la humanidad; pero á mí me parece que en esta máxima hay algo de capcioso; porque es muy difícil enfrenar las pasiones. Con referencia á la del amor, Calderón ha dicho:

«Que si el amor no es locura,  
Nunca ha sido el amor grande.»

y como todas las pasiones suelen ser vehementes, resulta que la mayor parte de los que las sienten suelen tener la debilidad de la demencia.

Consignado este introito, paso á probarlo con un ejemplo fehaciente.

Cayetano Molañas, guapo joven de diez y nueve años de edad, era sobrino y dependiente de la viuda de Barona, señora que tenía un comercio de telas en la calle de Postas; y como salía á paseo todos los domingos, contrajo la mala costumbre de ir á los toros y de hacerse aficionado. Cuando las corridas de toros se verificaban los lunes en la plaza de *idem* de Madrid, sólo asistían á ellas la gente distinguida y los verdaderos aficionados, incluso los zapateros, que no trabajaban en dicho día; posteriormente la fiesta taurina hase trasladado á los domingos, y esta variante ha sido causa de que, vulgarizándose, pierda su pristina pureza, dando motivo además á que muchos que están ocupados toda la semana contraigan aficiones poco provechosas.

Y esto sucedió á Cayetano Molañas, que se hizo, no aficionado, sino apasionado á la lidia de reses bravas. Fué un madrileño completo, y á haber tenido necesidad, hubiera vendido hasta los calcetines, con tal de no privarse del conmovedor espectáculo de la fiesta nacional. Para Cayetano no existía nada comparable á esta fiesta. ¡Qué bailes, ni teatros, ni género chico, ni conciertos, ni pelotaris, ni nada! Asistía á la corrida en un éxtasis de emoción; á la salida de la plaza compraba los periódicos que ya publicaban las reseñas, comía apresuradamente para dirigirse, primero á *La Taurina* y después á otro establecimiento de la calle de la Victoria, en donde se reunían diestros y aficionados y se discutían y comentaban los lances de la tarde.

A Cayetano le encantaban estas discusiones y sobrexcitaban su pasión. El lunes leía las revistas de toros de todos los periódicos políticos, y el resto de la semana pasábalo el dependiente del comercio Barona recordando la corrida pasada, esperando la futura y midiendo impacientemente metros de algodón y madapolán.

Un domingo, cuando iba á cerrarse la tienda y el joven dependiente se apercebía para ir á los toros,

su tía le dijo: «Mira, muchacho, recuérdame que el jueves tenemos que ir á casa del escribano Garamendi para hacer testamento. Me siento achacosa, y bueno es tenerlo todo en regla.»

Magüer su desprendimiento y su excitación taurina, á Cayetano le sonaron bien estas palabras, pues supuso, con razón, que su tía nombraría herederos á él y á su hermana Rosa, únicos parientes que tenía.

Salió alegremente de la tienda; pero ¡oh desgracia!, el tiempo, que había estado indeciso, se declaró en aparato de lluvia, y después en un tenaz chaparrón sin aparato.

Se suspendió, pues, la corrida anunciada para aquella tarde,

en los oídos de Cayetano como sonará en el valle de Josafá la trompeta del juicio final.

- Tía, balbuceó tímidamente, ¿no podría usted dejar eso para otro día, prescindir de mí?

- ¿Por qué?

- Porque la corrida suspendida el domingo pasado se verifica hoy, y... y iba á pedir á usted permiso para ir.

- ¡De ninguna manera!, replicó la viuda con rigidez comercial. Hoy es día de trabajo; harto hago en dejarte salir á paseo todos los domingos, y no de quince en quince días, como á los demás dependientes.

El joven taurómaco conocía bien el carácter de su tía y creyó de todo punto inútil insistir.

Apoyó melancólicamente los codos en el mostrador, y se puso á pensar en la corrida de aquella tarde.

A las doce, por distraer sus tristes pensamientos, se vistió con objeto de estar preparado para acompañar á su tía.

Conforme avanzaba la tarde, aumentaba la contrariedad de Cayetano. Y no había medio de conciliar sus aficiones con sus deberes; la corrida empezaba á las tres y media, la cita con el escribano era media hora después; tenía que faltar á su tía ó á la plaza.

¡Horrible disyuntiva!

A la una, poco más ó menos, pasó por delante de la tienda un amigo suyo, que entró á saludarle. Era Julián *el confitero*, á quien todos los aficionados que me lean, recordarán seguramente, porque ya ha muerto.

- Por supuesto, ¿irás á la corrida?, preguntó Julián.

- No, contestó mohino Cayetano; tengo que acompañar á mi tía.

- ¡Que no vas, muchacho!, exclamó admirado Julián. ¡Una corrida de empeno!.

- De empeno, ¿por qué?

- ¡Bah! Estás cogiendo lilas. ¿No sabes que hoy son Saltillos, y que los periodistas italianos que han venido á Madrid han tomado dos palcos, y que Angel Pastor y Mazzantini se proponen *apretar*, y... ¡esto es lo gordo!, que *Frasuelo* ha prometido recibir un toro, sean como sean los que le salgan?

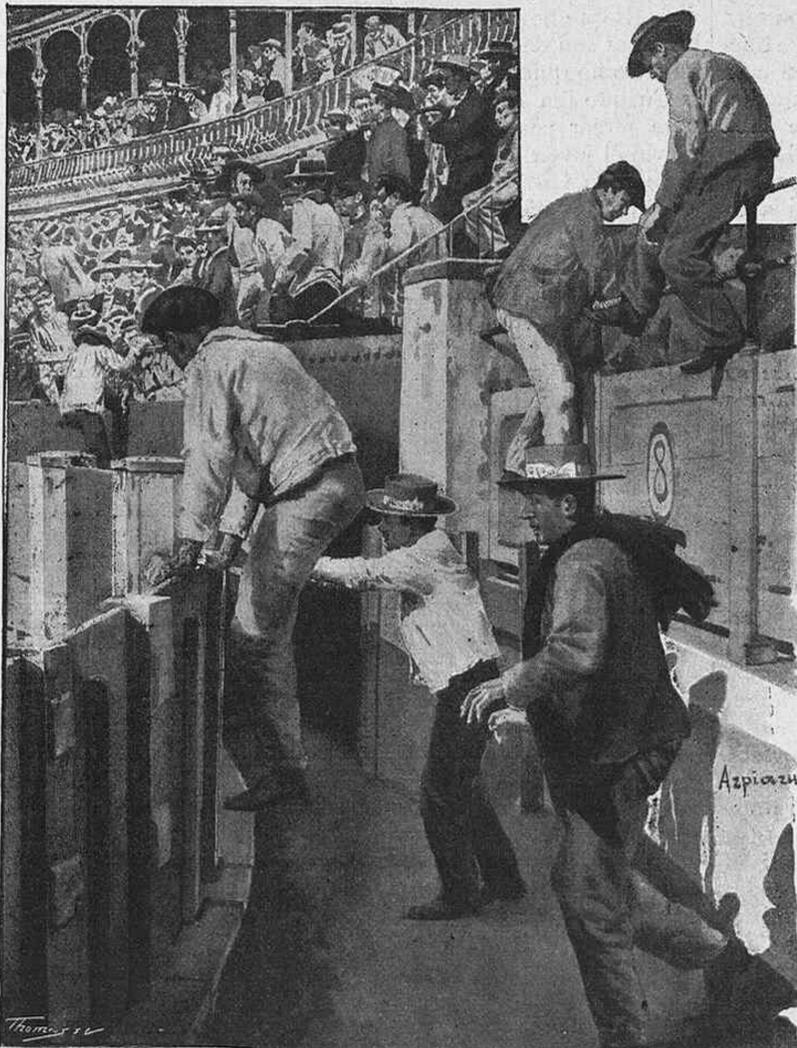
Este diálogo produjo en el contrariado joven un efecto igual al que experimenta un toro que sufre un *cambio en la cabeza*; es decir, una conmoción en toda la columna vertebral.

Cuando Julián se fué, comenzó aquél á dar paseos por la trastienda, como un león en celo, enjaulado.

A medida que transcurría el tiempo, aumentaba su agitación.

Media hora antes de la corrida se asomó á la puerta de la tienda. La gente se dirigía ya hacia la Puerta del Sol; á lo lejos se oía el alegre campanilleo de los *ómnibus*.

Cayetano miró al cielo pidiéndole una inspiración



... y cuando llegó la vez á los capitalistas

II

El jueves siguiente volvió á decirle su tía:

- A las cuatro estoy citada con el escribano. Me acompañaréis tú y Rosita.

Estas palabras de la viuda de Barona resonaron

ó un chaparrón; pero el *divino cielo de Madrid*, según dijo D. Tristán Medina; estaba espléndidamente azul.

La tentación era irresistible; el pobre joven no pudo vencerla. Subió al entresuelo, tomó el sombrero, abrió sigilosamente la puerta de la escalera y se fué á la corrida.

Omito detalles. Angel Pastor y Mazzantini hicieron, en efecto, buenas cosas, y *Frascuero* recibió un toro *chiclanerescamente*; pero Cayetano, al regresar á su casa, sufrió una feroz reprimenda de su tía; una *cogida* mayor que las que tuvo después, puesto que fué el origen de ellas. Un dependiente de comercio de la calle de Postas puede vender varas (*ó metros*) de tela á doble precio de su valor; pero salir de la tienda sin permiso de su principal, ¿cuándo se ha visto eso?

### III

Dos años después murió la viuda de Barona casi de repente, pues padecía aneurisma. Cayetano, que era un buen chico, lloró á su tía, aunque se consoló un tanto con la idea de la herencia. ¡Fatal desengaño! La difunta había legado todos sus bienes á su sobrina Rosa, ya casada con el dependiente mayor del comercio Barona.

El joven desheredado sintió dos impresiones, una de despecho hacia su tía; otra de remordimientos, puesto que recordó la memorable tarde en la que, por no prescindir de la corrida, no asistió al otorgamiento del testamento de aquella.

Hace unos cuantos años, su hermana y su cuñado diéronle participación en un billete de lotería; salió premiado y á Cayetano le correspondieron cuatro mil y pico de reales, y como se aproximase la época de la fiesta de la feria de Sevilla, en donde se anunciaban notables corridas de toros, previo el competente permiso de su cuñado, que era además su principal, el aficionado y aburrido joven se trasladó á la ciudad del Betis. Pasaron los festejos; pero como á Cayetano le duraba aún el dinero, no tenía prisa de volver á Madrid.

Todo forastero que va á Sevilla se aficiona forzosamente á dos cosas, cuales son: beber manzanilla y pelar la pava; y el joven madrileño practicaba esta última y dulce maniobra con una muchacha de buena familia, que tenía unos ojos de matadora, un talle esbelto como las palmas de San Juan de Alfarache, y por aditamento una fortuna saneada que le daba una renta de cuatro mil quinientas pesetas largas. Así es que Cayetano se enamoró perdidamente, y fué bien correspondido; porque eso sí, las sevillanas son muy querenciosas; tanto, que aun cuando el joven le declaró su precaria posición, ella juró y perjuró que se casaría con él, aunque se opusiera el mundo entero, incluso su tutor.

Una noche, víspera del día en que Cayetano debía pedir al susodicho tutor la blanca mano de su adorada, ambos jóvenes pelaban la pava en la reja de la casa de ella, que estaba situada en la calle de San Fernando, muy cerca de la salida de la ciudad.

De repente suena un gran estrépito de voces, de cencerros, de pisadas de caballos, é invade la calle, que es estrecha, un grupo de toros, cabestros, vaqueros y jinetes aficionados. Era el encierro para la corrida del día siguiente, que no pudiendo pasar como de costumbre por la Ronda, que estaba interceptada por desmontes y zanjas para cañerías, se había entrado por lo que antes era puerta de Jerez.

Fué tan súbita la invasión de la calle, que el amartelado joven perdió la serenidad, y atortolado, en vez de subirse á la reja cerca de la que estaba hablando, quiso atravesar la calle para encaramarse á la verja de la fábrica de tabacos, situada un poco más abajo en la acera de enfrente. Pero no tuvo tiempo, fué atropellado, pasaron sobre él multitud de cuadrúpedos, y para mayor dolor recibió, no de un toro, sino de un cabestro, un puntazo en un muslo.

Llevaronle á su casa, que estaba cerca, *majado* como vulgarmente se dice, y tardó tres meses en reponerse de la herida, que hasta llegó á presentar síntomas del tétano. Apenas lo permitió su estado, escribió á su amada y tuvo contestación; mas no así á la segunda y tercera misiva, y cuando pudo informarse, supo con dolorosa sorpresa que aquella estaba en Jerez, en vías de casarse con un teniente de artillería. Las sevillanas son, en efecto, *querendosas*, pero no ha de faltarles la solución de continuidad; si las falta, ¡adiós mi dinero, ó séase su amor!

### IV

Notorio es que los vicios ó aficiones con el transcurso del tiempo adquieren proporciones de pasiones vehementes, y al exaltarse se rebajan hasta el

punto de que, por ejemplo, un aficionado á la bebida comienza por *excitarse* con *champagne* y termina su carrera embriagándose de aguardiente. Cayetano experimentó una cosa parecida. De vuelta á Madrid, la monotonía de su existencia, reducida á medir telas, y la tristeza de sus esperanzas malogradas fueron causa de que se entregase de lleno á su arraigada predisposición taurina; mas por la razón indicada al principio de este párrafo, él, el aficionado fino, que había visto torear á su tocayo Cayetano Sanz, que desdeñaba los telonazos de *Lagartijo* y los desplantes de *Frascuero*; él, que sólo había sido teórico, quiso hacerse práctico, y dió en la insensatez de asistir á las corridas de novillos, y lo que es más, en la de tomar parte en la lidia, en compañía de esos crisálidas de toreros, vulgo *capitalistas*, que al final de las corridas de invierno bajan á la plaza á tener el gusto de soportar atropellos y revolcones.

Una tarde, á mediados de octubre, precisamente el día en que cumplió veinticinco años de edad, hacía un tiempo magnífico, uno de esos espléndidos días de otoño que sólo se ven en Madrid; y Cayetano se estaba vistiendo de limpio de pies á cabeza, no sólo por ser domingo, sino como hacen los diestros que van á torear, que en tales días se ponen su mejor ropa interior, por si acaso tienen que desnudarlos en la enfermería, y el tauromáquico joven pensaba ir á la corrida de novillos, primera de la temporada, que se verificaba aquella tarde, y como de costumbre, torear en la lidia de última hora, cuando entró en su cuarto su hermana Rosa y le dijo:

— ¿Vienes con nosotros? Hace un día hermosísimo, y vamos de merienda á la fuente de la Teja.

Cayetano tardó en responder, porque sintió una corazonada, un presentimiento ó cosa así; mas por fin contestó:

— No, voy á los novillos.

— Otra tarde irás.

— Es que hoy se inaugura la temporada y además las reses son desecho de tiente de Veragua.

— Como quieras, tú te lo pierdes.

Cuando iba hacia la plaza de toros en *ómnibus* para tomar parte en la lidia, fresco y descansado, volvió el joven á sentir otra corazonada de mal agüero; pero la vista de la mezquita taurina desvaneció aquella punzada siniestra.

Asistió á la fiesta, y cuando llegó la vez á los *capitalistas*, que aquella tarde eran muchos, bajó como siempre al redondel, donde fué arrollado por un novillo, que casi le incrustó en la barrera, dándole un terrible golpe en el pecho.

¡Pobre Cayetano! ¡Qué predestinación la suya!

Al día siguiente, estando postrado en cama, arrojando frecuentemente copiosos esputos de sangre, pero conservando íntegras las facultades intelectuales, recibió la visita del teniente cura de la iglesia parroquial de San Ginés. El sacerdote se enteró de su estado, y hondamente conmovido por aquella inesperada desgracia le dijo:

— No sé si usted recordará que tuve el gusto de ser confesor y amigo de su señora tía de usted doña Celedonia Molañas.

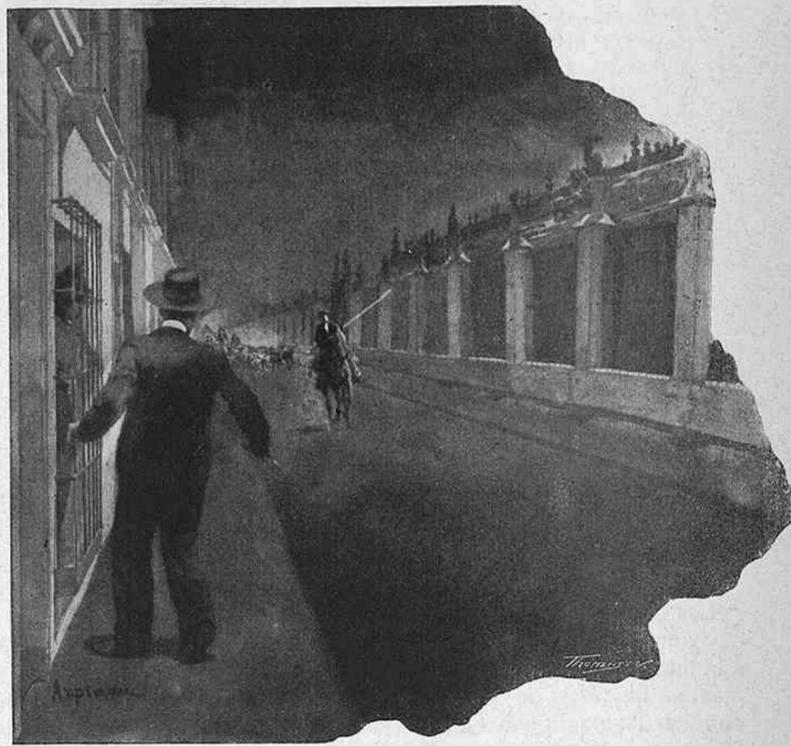
— Sí, señor, contestó el doliente, abriendo desmesuradamente los ojos.

— Pues bien, repuso el teniente cura: hace años, su tía de usted fué á verme y me dijo estas ó parecidas palabras: «Mi sobrino Cayetano es un buen muchacho, á quien quiero entrañablemente; pero no tiene sentada la cabeza, y sólo piensa en toros y devaneos. Temo que lo poco que poseo caiga en sus manos, pues lo va á derretir á tontas y á locas. He adoptado un temperamento para salvar este inconveniente, y cuento con la amistad de usted. Me siento muy enferma; he hecho testamento, dejando á mi sobrina mi comercio de la calle de Postas, porque tengo la seguridad de que en manos del que va á ser su marido irá adelante y prosperará; pero al mismo tiempo quiero servir de base al bienestar de Cayetano, cuando con la edad adquiera, como es de esperar, el juicio que ahora le falta. Confío á usted, pues, esos valores, que constituyen mis ahorros, encargándole el secreto, y rogándole que se los entregue á mi sobrino al cumplir los veinticinco años.» Yo, prosiguió diciendo el sacerdote, acepté con gusto el depósito que su tía de usted me confió, consistente en veinte mil duros, que están consignados en cuenta corriente en el Banco de España y que puede usted hacer efectivos cuando lo tenga por conveniente.

— ¡Veinte mil duros! exclamó Cayetano estupefacto é incorporándose sobre las almohadas, no obstante su debilidad. ¡Veinte mil duros míos! ¡Ah! ¡La temporada que viene me abonaré á una barrera del 1!

¡Ilusiones engañosas! Tres días después el desgraciado joven había muerto víctima de la ceguedad de las pasiones; tres veces estuvo á punto de asegurar su porvenir, y tres veces le perdió por causa de los cuernos.

F. MORENO GODINO



... é invade la calle un grupo de toros, cabestros, vaqueros ..

### LOS INSECTOS DE LA «MALARIA»

En Italia se están haciendo minuciosos estudios para conocer el modo de proceder de los insectos productores de esa fiebre infecciosa conocida allí con el nombre de *malaria* y que tanta analogía tiene con las fiebres de otros países.

En una comunicación presentada á la Academia *dei Lincei* por el profesor Grassi, expresa éste el resultado de sus investigaciones para determinar las especies verdaderamente sospechosas de difundir dicha enfermedad, las cuales son el *Culex penicillaris*, el *Culex malariae* y el *Anopheles claviger*: de ellas la primera y la tercera, pero por lo menos la primera, sirven de huéspedes de los parásitos de la malaria en el hombre. Estos tres cínifes son los que propagan las fiebres, infectándose al picar á los individuos afectados de ellas y después picando é infectando á individuos sanos; falta aún por averiguar si la infección se produce directamente, ó transmitiendo los gérmenes á la prole como sucede con la epizootia del ganado. De todos modos, es hoy cosa notoria que los individuos afectados de malaria son indirectamente peligrosos para sí mismos y para los demás; y si por una parte es indispensable que se curen para impedir la propagación del mal, se podrá oponer á esto un obstáculo destruyendo las larvas de los cínifes en vías de desarrollo en la superficie de las aguas estancadas ó bajas.

Según el referido profesor Grassi, los cínifes son la única vía de transmisión de la malaria, aserto que ha suscitado algunas objeciones, entre otras la del profesor Crudeli; aunque reconoce la importancia de las observaciones enunciadas, recordó en la última sesión de los Lincei varios casos de malaria acaecidos á consecuencia de movimiento de tierras en localidades privadas de cínifes. Grassi replica á esto que siempre deben haber intervenido los cínifes susodichos en estos y otros casos que se propone examinar con atención, y en tanto deduce en apoyo de su hipótesis para el desarrollo de la malaria en sitios jamás habitados por el hombre, la posible presencia en otros mamíferos de parásitos iguales á los de las personas. Dionisi ha descubierto en algunos murciélagos parásitos bastante afines á los de la malaria del ser humano. Los parásitos ocupan en los glóbulos de la sangre de estos animales una parte del glóbulo rojo, variable según su edad. Una forma parasitaria encontrada en alguna especie se parece á la de las cuartanas del hombre. Se comprende la importancia que tienen estas investigaciones encaminadas á establecer la identidad entre los parásitos de la malaria de los murciélagos y del hombre. — X.

HISTORIAS MADRILEÑAS

POR HUIR DE LA TIPLE

La marquesa del Tomillar era una de las damas más severas é intransigentes de la aristocracia anti-gua. Aunque su padre había mandado tropas liberales en la encarnizada lucha que siguió á la muerte de Fernando VII, y aunque su esposo y aun ella misma habían hecho durante el reinado de doña Isabel II todas las guardias que les correspondían como grandes de España, la Tomillar se había encastillado en un inflexible catolicismo para protestar contra las corrientes del espíritu moderno, que la inspiraban una viva antipatía.

Su orgullo de raza no conocía límites, y creía de buena fe que ella, como descendiente directa y legítima de los Ramírez de Valdellano y Anduera, señores y adelantados de las villas fronterizas de Andalucía, veinticuatro de Sevilla y grandes de España de primera clase, era de una casta superior al común de los mortales.

Cuando se casó atendió más al blasón que á las cualidades del que había de ser su esposo, y hay que confesar que no tuvo para nada en cuenta el interés; pues la fortuna de los Tomillar no estaba en el mayor apogeo cuando ella dió su mano de XII marqués, que descendía en línea recta de un copero de D. Juan II, de un virrey de Nápoles que fué famoso en tiempo de los Austrias y de un general que proporcionó algunas victorias á Felipe V en la guerra de Sucesión.

La conducta de la marquesa estaba en armonía con sus ideas, y no era de las que desmienten con los hechos lo que predicán de continuo; pues podía servir de ejemplo en lo intachable de su vida, en lo que se refiere al cumplimiento de los deberes, sin que la hubiesen hecho olvidar por un momento las frecuentes distracciones de su marido, que después de una brevísima luna de miel había vuelto á las distracciones de su vida de soltero, creyendo que su misión matrimonial estaba cumplida después de haber dado á la casa de Tomillar un heredero no tan robusto como, según los entendidos en linajes, era el terreno de donde procedía, y una descendiente que, pobre de sangre como su hermano, fué de una extraordinaria delicadeza que hacía más interesante la hermosura que la adornó desde niña.

Estos hijos quedaron al cuidado de la marquesa del Tomillar, cuando su marido no fué más que un huésped en el antiguo y blasonado caserón que ocupaban en uno de los barrios del Madrid antiguo. Al varón le sometió á un eclesiástico, que tenía el encargo de no molestarle mucho con enseñanzas que no habían de servirle de gran cosa, puesto que no había de seguir ninguna carrera, y á la niña, después de haberla ella dirigido con cuidadoso esmero en los primeros años de la infancia, la llevó á que terminara su educación en un convento, porque ella no era partidaria de las ayas é institutrices extranjeras, que se introducen, so pretexto de educación, en el seno de las familias aristocráticas.

— ¡Sabe Dios de dónde vienen esas mujeres, ni la vida que han hecho antes de llegar á España!, decía la del Tomillar con invencible repugnancia de castellana rancia hacia todo lo exótico.

Para ella las bases de la educación de la mujer eran las creencias y las prácticas religiosas, y éstas sólo podían adquirirse bien lejos del mundo, en un convento dirigido por monjas separadas de toda corriente de corrupción, y que empapadas del santo temor de Dios, supiesen también lo que á las jerarquías sociales se debe.

Por esto, mientras el primogénito de la linajuda casa, haciendo poco caso del sacerdote que le habían puesto por ayo, se preparaba á seguir la conducta del autor de sus días, que nunca había llevado á cabo cosa de provecho, su hermana entró de educanda en un monasterio, donde tuvo que exhibir para ser admitida sus títulos de nobleza.

La marquesa del Tomillar quedó con esto tranquila, y se pudo dedicar por completo á la vida que era de su predilección. Por la mañana la misa, oída, cuando el precepto no obligaba á ir á la parroquia, en el oratorio de la casa; después el despacho de los asuntos de las asociaciones piadosas y benéficas de que era presidenta ó tesorera; por la tarde la estación en las *cuarenta horas*, las visitas de las Cortes de María, la novena, el cumplimiento de los deberes sociales de dejar tarjetas ó de hacer visitas, todo esto ocupaba su tiempo de tal modo que no tenía hora desocupada.

La sociedad, dicho sea en honor de la verdad, la seducía poco, pues aunque en ella dominaba el orgullo al corazón y no era muy dada al sentimiento, lo cual la blindaba contra las penas, no había de

sufrir heridas en su amor propio por las aventuras ruidosas de su marido, y por el predominio que aun dentro de su círculo aristocrático ejercían sirenas deslumbradoras por su belleza y con las cuales ella no podía competir en lujo ni en elegancia.

De buen grado hubiera dejado de frecuentar los salones si su confesor no la hubiera demostrado que las damas de su rango y de sus ideas tienen allí un puesto de combate donde librar batallas en favor de lo que llaman la buena causa. Iba, pues, la marquesa del Tomillar á sociedad como á una campaña, haciendo siempre alardes de sus ideas intransigentes, mostrándose severísima con todo lo que eran reformas y transacciones, y hallándose siempre dispuesta á romper lanzas en favor de lo que ella llamaba enfáticamente la pura *tradicción heredada de nuestros mayores*.

Para ella las gentes se dividían en dos castas: las de *clase*, esto es, las que pertenecían á la aristocracia antigua, y el común de los mortales que habían nacido fuera de esa raza. Para los primeros debían ser todos los privilegios, todas las indulgencias, todas las consideraciones, y los segundos se podían dar por satisfechos si se les dejaba vivir con cierta benevolencia.

Las faltas y pecados que la religión condena eran por ellas considerados de modo diferente si los que los cometían eran de *su clase* ó pertenecían á la otra. En el primer caso empleaba toda la indulgencia que aconseja la caridad cristiana, no dándose el caso de que hubiera retirado su amistad á ninguna de las *suyas*, aunque fueran de la más ligera conducta; pero en el segundo, se encastillaba en su altiva intransigencia y no perdonaba al delincuente.

Cuando se manifestó con todo su relieve el carácter de la marquesa del Tomillar, fué cuando llegó un momento interesante de su vida.

Su hija, la bella y dulcísima Luisa, había terminado su educación en el convento y había sido presentada en el mundo con todas las solemnidades de rúbrica.

La muchacha era por su figura un encanto; en nacimiento pocos podían competir con ella, y aunque las calaveradas de su padre habían mermado mucho el patrimonio, la mayor parte del cual correspondía á su hermano, ella no dejaba de ser un buen partido, y no tardaron en presentarse los adoradores.

Luisa en lo moral se parecía más á su padre que á su madre, y la educación religiosa del convento sólo había logrado hacerla sumisa y obediente en la apariencia, aunque dispuesta siempre á seguir los impulsos de su voluntad.

Sus compañeras preferidas entre las educandas que con ella crecieron en el convento fueron las más alegres, y entre sus adoradores cuando fué presentada en sociedad distinguió á los más gallardos y á los más listos.

Su madre la reprendía constantemente, la indicaba antes de salir de casa con los que había de bailar y hablar, y no terminaban nunca las discusiones cuando volvían de las fiestas.

— Te tengo dicho que no bailes vals más que con tus primos los de Candiola.

— Pero, mamá, si no saben bailar y además son muy tontos.

— No importa; son de tu familia y basta.

Si Luisa se mostraba complacida en algún grupo donde se bromeaba y se reía, su madre la llamaba inmediatamente, y no la dejaba el menor trato sino con aquellos á cuyas familias conocía á fondo.

Ella hubiera querido que todos los que sacaban á bailar á su hija hubieran hecho antes pruebas de nobleza.

Figúrese lo que sería esta señora cuando se trató de casar á la niña.

En el fondo la marquesa del Tomillar era una buena madre, y aunque no estaba dispuesta á transigir en cuestiones de *clase*, no quería que su hija sufriese lo que ella había sufrido por los desdenes y ligerezas de su marido, y con frecuencia decía:

— O poco he de poder, ó he de conseguir que mi hija no tenga por rival una tiple.

A las tiples, y en general á todas las actrices, la marquesa del Tomillar las detestaba, tanto cuanto las distinguía y prefería su marido, gran frecuentador de camarines y entusiasta del país de las bambalinas.

Una tiple famosa fué la engendradora de la primera nube que obscureció la luna de miel de los Tomillar, y por eso se explicaba la eterna muletilla de la marquesa al tratar de la boda de su hija.

— ¡Jamás un marido que la dé por rival á cualquier tiple!

Así es que todo pretendiente, aunque fuese muy linajudo, era desechado si tenía la más ligera ten-

dencia de calavera; y Luisa, por la intransigencia de su madre, se hubiera quedado para vestir imágenes si la Providencia no lo hubiera dispuesto de otro modo. Fué el caso que una parienta de la marquesa, señora de nobilísima alcurnia, de ideas absolutistas y de tal intransigencia que se había encastillado, al quedarse viuda con un hijo, en su casa solariega de una apartada provincia para huir de todo contacto con el mundo moderno, tuvo que trasladarse á Madrid para seguir los trámites de un pleito que comprometía su fortuna.

La condesa viuda de Altamor unía á su odio á todo lo moderno una avaricia tan extremada que la hacía vivir poco menos que en la miseria, á pesar de que cobraba buenas rentas. Su hijo, que no se había separado nunca de ella, no había recibido de la Naturaleza la carta de recomendación que esta madre común da á los que quiere favorecer, concediéndoles buena figura, y era además de feo algo patizambo, aumentando su porte desgarbado las ropas viejas que usaba, pues todas las prendas de su no muy abundante indumentaria eran arregladas de las que había dejado su difunto padre, que no fué un elegante ni mucho menos.

La de Altamor y su hijo se instalaron, más que modesta, humildemente, en Madrid, y sólo la marquesa del Tomillar mereció la confianza de la dama provinciana, que buscó su protección para todos los incidentes relativos al pleito.

Era éste de mucha cuantía y de derecho claro y evidente para la casa de Altamor, que al ganarlo entró en posesión de un ducado con grandeza de primera clase y de una gran fortuna.

La del Tomillar, que había ayudado mucho á su parienta, con las relaciones que le daban su puesto en la corte, puso en ejecución un plan que acariciaba hacia tiempo; y como por sus ideas y por su conducta gozaba de toda la estimación de su prima, no le fué muy difícil que ésta accediera al matrimonio de su hijo, el duque de la Atalaya, con la angelical y encantadora Luisa.

La amargura de ésta cuando conoció los designios de su madre no tuvo límites; la primera vez que vió al duque tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener la risa, y cuanto más le había tratado más ridículo y más facha le había encontrado, no queriendo penetrarse de la realidad cuando le dijeron que aquel ente era el que le destinaban por esposo.

Ni las lágrimas, ni las súplicas, ni la desesperación le sirvieron de nada; el enlace era á todas luces ventajoso, convenía al lustre y decoro de la familia: su madre lo había decretado y no quedaba más recurso que someterse.

La boda se celebró con gran aparato en el palacio de la marquesa del Tomillar. Luisa fué al altar como una víctima al sacrificio; se habló mucho de un joven y apuesto oficial que pidió aquellos días marchar á campaña; pero nada de esto amenguó el brillo de la ceremonia nupcial, en la que lució con sus mejores galas toda su satisfacción la marquesa del Tomillar.

— Luisa hace una buena boda, le decía una de sus amigas, puesto que la ves duquesa, grande de España, rica.

— Y sobre todo, lo que más me satisface, contestó la marquesa señalando á su yerno, es que ése no es de los que irán á buscar las tiples.

En efecto, la figura que presentaba el novio, embutido en un viejo uniforme de maestrante que declaraba bien alto que no había sido hecho para él, no era de las más gallardas.

No había pasado un año del matrimonio de la bellísima Luisa del Tomillar con el duque de la Atalaya, cuando la sociedad aristocrática de Madrid supo con escándalo que la joven y encantadora duquesa, huyendo del domicilio conyugal, había emprendido un viaje con un gallardo y apuesto tenor que había obtenido éxitos extraordinarios en el teatro.

Pintar la desesperación de la marquesa del Tomillar es imposible; el firmamento hundido, el orbe desquiciado no la hubieran causado más efecto que la fuga de aquella hija tan rigurosamente educada en un convento y tan inflexiblemente dirigida por ella.

Se encerró en sus habitaciones y no quiso que nadie presenciara su dolor y su ira.

La única que pudo vencer la consigna fué la amiga que la había felicitado el día de la boda de su hija.

— Resígnate, le dijo, y hazte cargo de que todo es obra tuya.

— ¿Obra mía?

— ¡Sin duda! Te empeñaste en dar á tu hija un marido que no se distrajesa con la tiple, y la pusiste á ella en el caso de marcharse con el tenor.

KASABAL

## APROBACIÓN

DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO POR INOCENCIO III

(cuadro de Fernando Cabrera)

En el pavoroso cuadro que ofrece la sociedad de los siglos medios, con sus violencias y horrores, destaca la sublime figura del Apóstol de Asís, dechado de modestia y abnegación, repleto de amor hacia sus semejantes y vivo ejemplo de evangélicas virtudes. El gran asceta ofrecerá siempre el simpático contraste de su humildad y desprendimiento con la

apetecibles, y en cuanto al concepto que entraña, creemos que ha logrado su objeto.

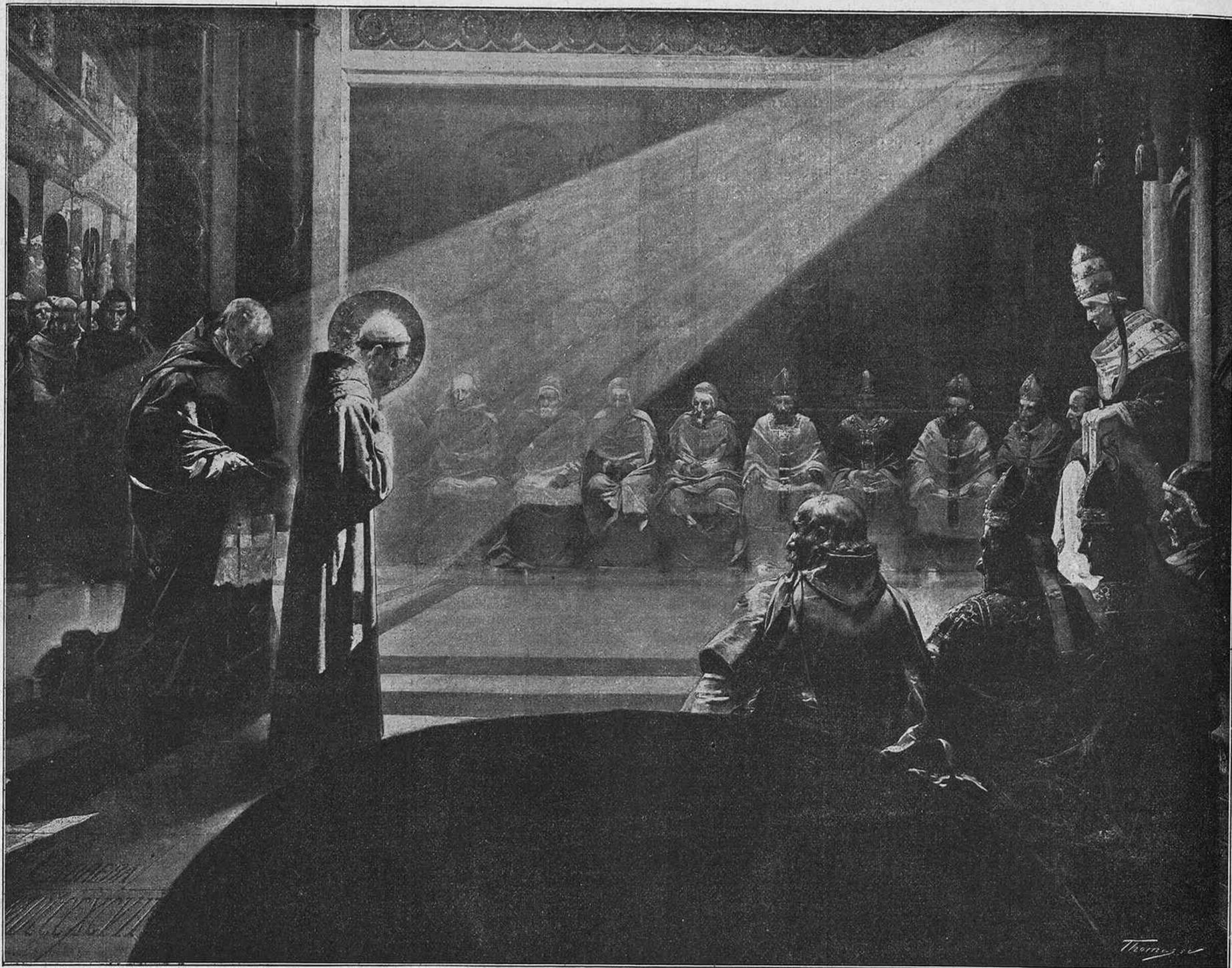
## VARIEDADES

## EL BETEL

Lo primero que llama la atención del europeo recién desembarcado en un puerto de la India ó de la Indo-China son los grandes salivazos encarnados que manchan el umbral de las puertas y las piedras

producen una coloración negra en el esmalte de los dientes, lo cual da un aspecto extraño á la fisonomía siempre sonriente de las indo-chinas; en Europa, tener los dientes negros es sinónimo de fealdad; en el Oriente no se mira bien que los dientes estén blancos. A pesar de este inconveniente, el betel ejerce una acción benéfica en el organismo.

El betel, cuya hoja entra en la composición del chicote, es un arbusto de la familia de las Piperáceas que no excede de tres metros de altura: sus hojas, de un hermoso verde claro, tienen de siete á ocho centímetros de largo por tres ó cuatro en su mayor



Aprobación de la Orden de San Francisco por Inocencio III, cuadro de Fernando Cabrera

ostentosa manifestación del feudalismo. Siempre veremos en San Francisco de Asís al campeón cristiano que con el ejemplo trató de corregir los errores y vicios de su época, ofreciendo consuelo al desvalido y la recompensa de otra vida mejor como justa compensación á sus penalidades y sufrimientos.

Escritores y artistas han dedicado á la memoria de Francisco de Asís las galas de su ingenio, armonizando en la leyenda las bellezas de la historia y de la poesía. Rubens, Murillo, Alonso Cano, Zurbarán han representado al Seráfico asceta; Lope de Vega consagró una de sus comedias, y en la moderna literatura Castelar y Emilia Pardo Bazán han tejido dos primorosas joyas, á las que sirven de complemento el hermoso tríptico de San Francisco el Grande, de la coronada villa, obra de Ferrant y Domínguez, que ha de estimarse como el tributo de la pintura moderna.

A esta corona entretejida por tantos ingenios que la fe ha inspirado y las creencias han nutrido, aporta un nuevo elemento Fernando Cabrera, el discípulo querido de Plasencia y el laureado autor del sentido cuadro *Los huérfanos*. Pertenece la obra del discreto pintor á un género diverso de aquel en que se diera á conocer, mas demuestra su valía y la excelencia de la escuela á que pertenece. Como pintura mural, entendemos que reúne las condiciones

de las calles, y su sorpresa aumenta cuando ve que los indígenas, así hombres como mujeres, escupen de vez en cuando una saliva sanguinolenta. Estos salivazos no tienen nada de anormal; proceden del exceso de salivación, producida en abundancia por la masticación del betel.

La costumbre de mascar betel se remonta en el Extremo Oriente á la más alta antigüedad; es tan corriente como la de fumar tabaco en América y en Europa; hombres, mujeres, niños y hasta algunos europeos que residen hace tiempo en el país, lo consumen de quince á veinte mascadas ó chicotes al día.

El chicote de betel se compone de tres elementos: de cal viva ó tierra del Japón, de nuez de areca y de una envoltura ó capa de betel, formándose con todo una bola del tamaño del pulgar. Los indios, los annamitas y sobre todo los tonkineses guardan los tres ingredientes en cofrecillos que á menudo son de gran valor y que presentan á sus huéspedes en bandejas de laca, con frecuencia enriquecidas con piedras preciosas. El color de la mezcla es rojizo, lo cual explica la coloración de la saliva que en los primeros tiempos de la masticación es muy abundante y debe ser arrojada hasta que ha perdido toda coloración. Cuando la saliva es ya blanca, los mascadores de betel se la tragan, pues en este momento el chicote está á punto. Los jugos exprimidos del betel

anchura. El fruto del betel se compone de un gran número de semillas grises, bastante parecidas á las del pimentero común, reunidas en una hampa axilar. Algunos aficionados al betel, que tienen el paladar estragado, añaden á la composición indicada una pequeña cantidad de polvo de estos frutos machacados. Los médicos annamitas prescriben en los casos de gastralgia ligeras infusiones de hojas de betel secas.

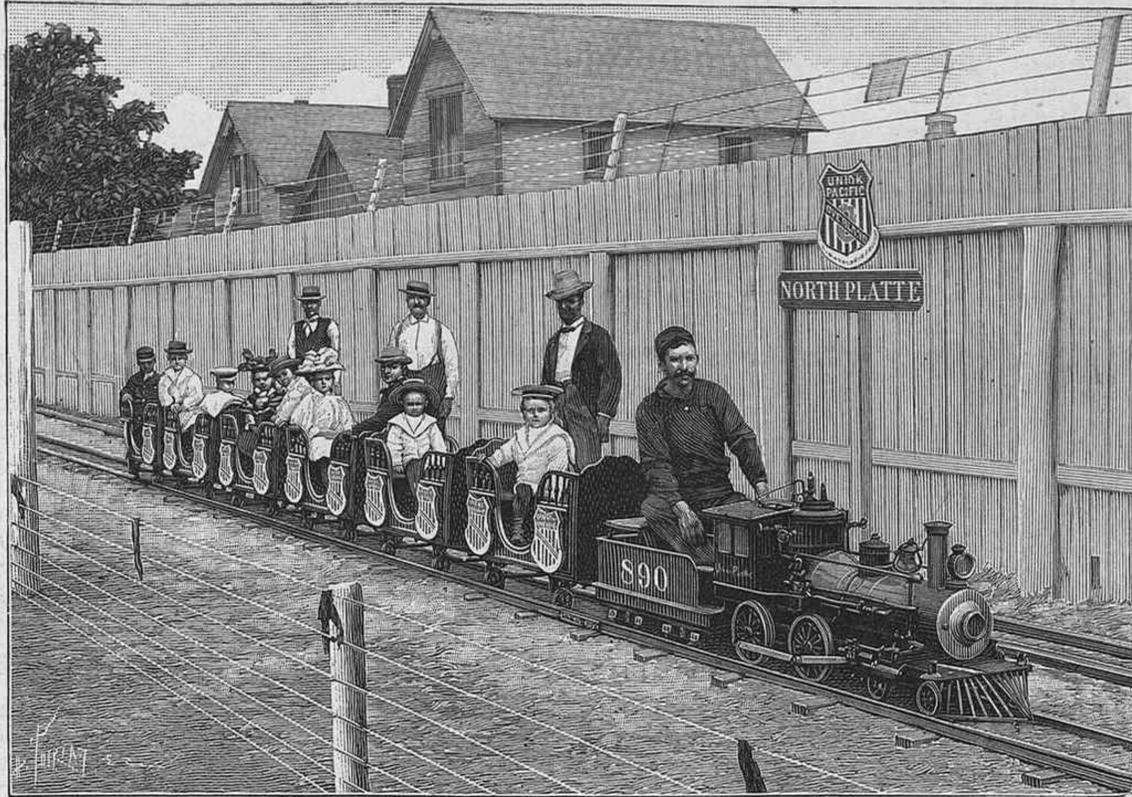
\* \*

## LOCOMOTORA Y TREN LILIPUTIENSE

El clásico cochecito tirado por cabras ha quedado relegado á un segundo término por el tren liliputiense que ha mandado construir Tomás E. Mc. Garrigle, de Niágara Falh (Estados Unidos), y que está representado en el grabado de la siguiente página, publicado por el *Scientific American* y tomado de una fotografía. Este pequeño tren ha sido construído para figurar y funcionar en la *Trans-Mississippi and International Exposition* de Omaha, en una vía férrea que vendría á tener una longitud total de 300 metros de desarrollo. Los diez coches de dos asientos para niños no tienen nada de particular; toda la curiosidad reside en la locomotora, que es una reproducción exacta y fiel, á la escala de un séptimo, de una locomotora

de viajeros americana, del tipo del New-York Central Road de ocho ruedas, de ellas cuatro delante y cuatro detrás, con tender montado sobre dos trucks, tender en el cual se coloca, bastante mal por cierto, el maquinista-fogonista encargado de hacer funcionar este curioso artefacto. La vía tiene 30 centímetros de anchura, el extremo de la chimenea está á 63 centímetros sobre el nivel de los rieles y la longitud total de la locomotora con el tender es de 2<sup>m</sup>,20.

Se produce el vapor en una caldera ignitubular de 25 centímetros de diámetro, compuesta de once tubos de 25 milímetros de diámetro y de 60 centímetros de largo. La presión del vapor es de 9 kilogramos por centímetro cuadrado. La caldera, que es de acero, se ha probado con una presión de 21 kilogramos por centímetro cuadrado; contiene 12 galones (54 litros de agua) y está alimentada por dos inyectores. Las ruedas motrices tienen 25 centímetros de diámetro y las de delante 12<sup>m</sup>,5 centímetros.



UNA LOCOMOTORA Y UN TREN LILIPUTIENSES, de fotografía

la locomotora es de 270 kilogramos. Los accesorios son completos y comprenden una caja de arena, una campana, un silbato y hasta un freno de vapor que actúa sobre las ruedas motrices.

El tender tiene ruedas de 12,5 centímetros de diámetro y lleva una provisión de 15 galones (68 litros) de agua. El peso total del tren, con sus diez vagones y sus veinte pequeños viajeros, es de unos 1.800 kilogramos.

Se convendrá en que es una idea singular la de reducir á escala una locomotora dirigida por un hombre cuyas proporciones no se pueden reducir en proporciones iguales, y que se instala bien ó mal en un tender, ocupándolo todo; pero la locomotora no deja de obtener gran éxito en América, y si cruza el Atlántico para la Exposición de París de 1900, el éxito no será menor en este lado del Atlántico.

Los cilindros tienen 5 centímetros de diámetro y los émbolos 10 centímetros de carrera. El peso de

Es preciso que los pequeños se distraigan..., y los grandes también.

**PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALDESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION  
 EXÁMINE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS  
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI  
 PARIS  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.  
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**HARINA LACTEADA H. NESTLÉ**  
 ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

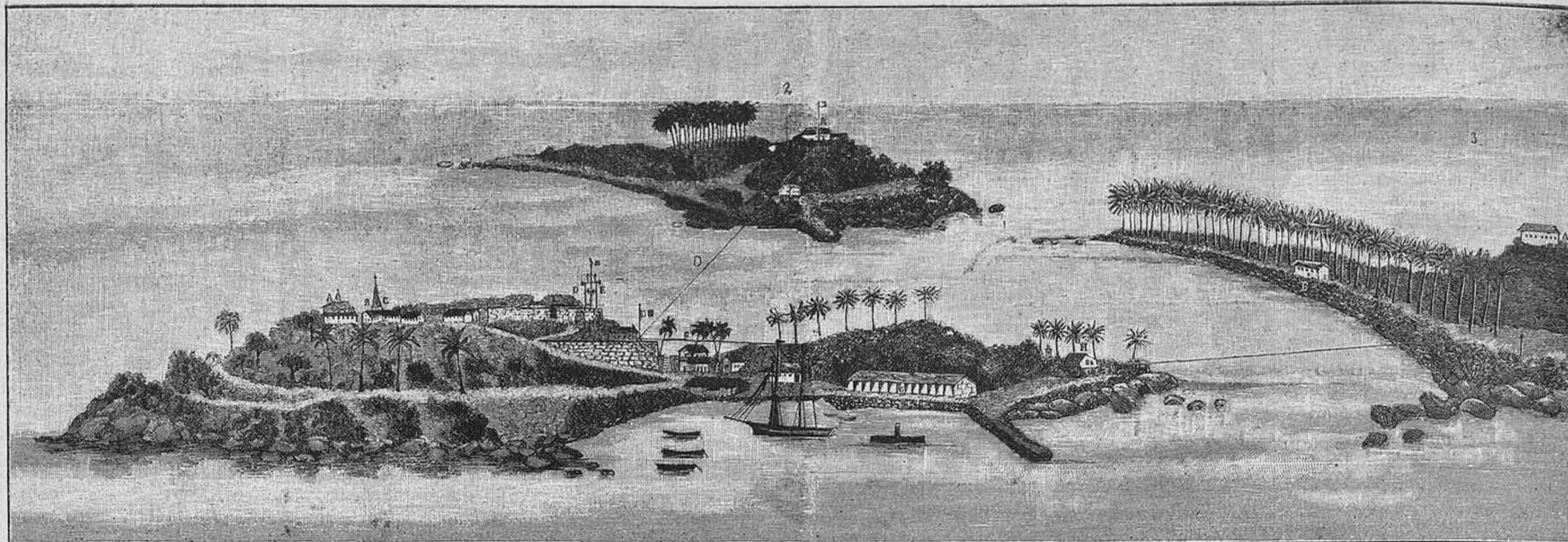
**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.  
 Bojitr en el rotulo a Arma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ROB BOYVEAU LAFFECTEUR**  
 El Mismo con IODURO DE POTASIO  
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.  
 CH. FAVROT y C<sup>ia</sup>, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

**VINO AROUD**  
**CARNE-QUINA-HIERRO**  
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.  
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.  
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 CAPSULAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER**  
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



LAS ISLAS DE LA SALUD Y LA ISLA DEL DIABLO (De un dibujo tomado del natural por P. Dujardin)

1. Isla real. - A. Hospital militar. - B. Iglesia. - C. Capilla. - D. Explanada militar. - E. Semáforo. - F. Casa del Este. - G. Depósito de enseres para los buques. - H. Depósito de carbón  
 2. Isla del Diablo. - A. Prisión de Dreyfus (detrás está el cuerpo de guardia). - B. Anterior prisión de Dreyfus. - D. Teléfono que une las dos islas.  
 3. Isla de San José. - A. Prisión. - B. Tenería.

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

**Pepsina Boudault**

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones internacionales de  
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
 GASTRITIS - GASTRALCIAS  
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS  
 FALTA DE APETITO  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
 y en las principales farmacias.

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Selna.

**APIOLINA CHAPOTEAUT**

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emanogogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

**SALUD DE LAS SEÑORAS**

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

**CEREBRINA**

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS, NEURALGIAS**

Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, y PARIS  
 la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

**Agua Léchelle**

**HEMOSTÁTICA.** - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas de la Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.

Depósito GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

**Jarabe de Digital de LABELONYE**

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

**G GELIS & CONTÉ**

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERTOTINA BONJEAN**

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris

LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**PILDORAS Y JARABE de BLANCARD**

con Ioduro de Hierro inalterable  
 CONTRA  
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.

Exíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.

Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

El único Legítimo

**VINO DEFRESNE**

con PEPTONA

es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf  
 Y EN TODAS FARMACIAS.

**Jarabe Laroze**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gástraljas, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

PASTILLAS y POLVOS

**PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exíjir en el rotulo a firma de J. FAYARD, adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**

En Polvos y Cigarrillos  
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION

**ASMA**

y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata  
 J. WERRB y C<sup>ia</sup>, Vicos, 102, R. Richelieu, Paris

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**

Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

**HIERRO QUEVENNE**

de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT**

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El JARABE de BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN